

LAS ANTILLAS,

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

POLITICA, CIENTIFICA, LITERARIA Y COMERCIAL.

DIRECTORES:

D. JOSÉ COLL Y BRITAPAJA Y D. MANUEL CORCHADO.

AÑO I.

El carácter de esta REVISTA admite todas las manifestaciones de la opinion. La especial de sus directores y redactores constará siempre bajo su firma particular ó la colectiva de *La Redaccion*.

BARCELONA.

25 DE ABRIL DE 1867.

NÚM. 10.

De los artículos de esta REVISTA sólo podrán ser reproducidos, haciendo constar su origen, los científicos y políticos pero no los literarios que ocupen mas de un número.

En el n.º 32 de la *Gaceta* de Puerto-Rico correspondiente al 14 de Marzo próximo pasado, léese una circular que á nuestro modo de ver tiene una importancia indirecta de bastante consideracion por lo que hemos creído deber nuestro ocuparnos siquiera brevemente de ella.

Dice así:

«A consecuencia de la Real orden espedida por el Ministerio de la Guerra en 8 de Febrero próximo pasado, y comunicada por la Capitanía General de esta Isla al Gobernador Superior Civil de la misma, segun la cual las Comandancias militares de Departamento serán desempeñadas por los Tenientes Coroneles primeros gefes de los Batallones de Milicias de Infantería, esta Direccion de Administracion local sometió al Excelentísimo Señor Gobernador Superior Civil la correspondiente propuesta para separar del ramo militar aquellas funciones del Gobierno Civil que por delegacion del mismo venian ejerciendo los gefes de Departamento; y aceptado por S. E. el pensamiento, encaminado á mejorar la organizacion de las dependencias que constituyen el sistema municipal, se ha servido espedir el siguiente:

«Decreto.—De conformidad con lo propuesto por el Director de Administracion local de este Gobierno Superior y de acuerdo con el Excmo. Sr. Capitan General, he resuelto se hagan cargo los Corregidores de las Cabeceras de Departamento de las presidencias de las Juntas de Obras públicas, de Agricultura, Industria y Comercio, y de las de ingreso para la Carrera Civil, que hasta ahora han venido desempeñando los Comandantes militares de Departamento; así como tambien de todas las funciones que estos ejercen en los asuntos civiles, por delegacion de este Gobierno Superior, dándose las gracias á dichos Gefes militares por el celo, eficacia y acierto con que han desempeñado estos car-

gos.—El Director de Administracion local queda encargado de presentar un proyecto de creacion de Alcaldes Corregidores, Gefes de Distrito y atribuciones que les corresponden, partiendo de la base de que se aproveche lo mas escogido del personal de la Carrera Civil y se graven todo lo menos posible los presupuestos municipales.»

Como se vé, pues, por el texto de la transcrita circular, se inicia en Puerto-Rico un movimiento de separacion de atribuciones entre la administracion militar y la civil, en favor de la última, que pone de manifiesto el espíritu escentralizador que empieza por fortuna á dominar, y que segun los sanos principios de la ciencia y de la práctica es el único motor posible para el regular y armónico funcionamiento de la máquina administrativa. Y si hoy se emprende en pequeña escala el movimiento, ¿no es posible, no es probable que se remonte á superiores esferas, dando así á cada elemento de autoridad lo que en razon le corresponda para obtener el resultado que de la fusion de todos es de esperar? Desde hoy entrarán en las atribuciones de los Corregidores de las Cabeceras de Departamento todas cuantas funciones ejercian antes los Comandantes militares en los asuntos civiles de agricultura, industria y comercio. Pero esto, segun se desprende del decreto antecedente, es solo un medio transitorio y accidental, puesto que el Director de Administracion local queda encargado de presentar un proyecto de creacion de Alcaldes Corregidores, Jefes de distrito y atribuciones que les corresponden. ¿No es esto el programa indirecto de un régimen provincial quizás cercano, destinado á llenar las crecientes necesidades de aquellos pueblos? Se nos dirá probablemente que nuestros deseos se encargan de forjarnos ilusiones, en nuestra mente nacidas y que jamás pasarán al terreno de los hechos. Tal vez no andarian equivocados los que tal dijeran. Nosotros, sin embar-

go, que observamos de un tiempo á esta parte acontecimientos que nos asombran por lo desusados é inesperables, que no pueden menos de asegurar otros de mas subida importancia, pues sin los segundos no tendrían los primeros razon de ser; esperamos confiados, fundados en la sólida base de la presuncion racional, mil veces mas grata que la desesperacion y el desaliento. Lo hemos dicho y lo repetiremos hasta la saciedad, en asuntos de cierto órden determinado empezar es el todo, porque el que empieza no puede menos de tener la idea de continuar, sobre todo cuando, á no tener dicha idea, nadie le obligaba á espontanearse. Y cuantas empresas, en lo moral como en lo material, se pierden únicamente por falta de iniciativa! ¿Andaríamos muy errados si aseguráramos que la cuestion de Ultramar es la que mas de lleno entra en el fondo de este aserto? ¿No daríamos, citándola, el mayor de los argumentos que para probarlo pudiéramos ofrecer? La actividad de un tiempo á esta parte desarrollada en lo que podemos llamar acopio de materiales para la construccion del nuevo edificio, debe llamar vivamente nuestra atencion, moviendo nuestro ánimo á esperar, con fundamento esta vez, ya que esta y no otra es la tendencia natural del corazon.

La reforma que un tiempo se cernió exclusivamente en la esfera legislativa, ha invadido ya el estadio de la administracion. Brevisimo tiempo ha necesitado para su evolucion. Tenemos motivos para esperar.

Por esto hemos citado con gusto la importante circular del Superior Gobierno de Puerto-Rico.

J. C. y B.

LA EDUCACION Y LA INSTRUCCION EN PUERTO-RICO.

ARTÍCULO TERCERO.

I.

Transcribimos al final de nuestro artículo anterior, algunos párrafos de la historia de Puerto-Rico por el P. Abbad, á fin de que fuera con su ayuda mas perfecto y mas fácilmente formado el concepto ó la apreciacion que nos mereciera la mujer campesina de la menor de nuestras Antillas; y al hacerlo, nos propusimos que fueran aquellas frases punto de que se dedujera filosóficamente el espíritu, la esencia, el modo de sér intrínseco de la familia rural puerto-riqueña, mejor que hacerlas servir de simple pintura de los detalles y vida exterior de la misma. Por lo que hace á este último punto, algo iniciamos al terminar nuestros

estudios, contenidos en el artículo anterior: no fortuita, ni inconscientemente, antes al contrario, muy de intento, soltamos, despues de transcritas las frases á que nos hemos referido, alguna idea relativa á modificaciones posteriormente ocurridas en el objeto que nos ocupaba. Modificaciones ligeras y poco importantes, pero que consignaremos, sin embargo, mas para estar en lo cierto en todo cuanto narramos, que porque verdaderamente hayan de influir en los juicios, ya muy adelantados, y que vamos á terminar, acerca de la mujer puerto-riqueña. Todos cuantos cambios se hayan realizado, todas cuantas diferencias se hallen hoy existentes entre la familia campesina actual y la descrita por el P. Abbad, son referentes en su mayor parte á la actividad esterna, á las formas, á las costumbres indiferentes de aquella familia; rasgos exteriores y de poca importancia para quien, guiado por la buena senda filosófica, trata de investigar lo profundo, lo esencial, lo constitutivo de un agente, de un elemento de tal valer y de tan vital influencia, como es la mujer para la sociedad. Y adviértase aquí, de paso, que no es en absoluto, como sentamos nosotros, el principio que antecede: nosotros sabemos bien, que existe casi siempre íntima trabazon y dependencia entre la forma y el fondo, entre las costumbres y demás actos esternos de las sociedades y su vida interna, su disposicion intrínseca, su esencia, su espíritu; por lo general nunca ha sido morigerado un pueblo, cuya ilustracion ó cuyo estado moral no haya alcanzado á mas que un desarrollo primitivo. Conocemos bien tales verdades, y las profesamos tan íntimamente, que fuera en nosotros absurdo sentar de un modo absoluto principios que los fueran opuestos; pero ocurren casos anómalos, y es uno de ellos el que ha ocurrido en Puerto-Rico, despues de los tiempos del P. Abbad.

Si de la descripcion que de este escritor tomamos se ha hecho el uso que nosotros nos propusimos, si de las palabras que trascribimos se ha deducido el estado que actualmente presenta la familia campesina de Puerto-Rico, y por lo tanto su mujer, se habrá cumplido el objeto que al hacerlo nos condujo. En efecto, ni el tiempo desde entonces trascurrido, ni las influencias desde entonces puestas en juego, han de haber podido trocar, mas que en muy pequeña escala, lo que entonces formaba la esencia de la familia, lo que sigue siéndolo actualmente. Ora acudamos al criterio de la historia, ora apelemos, si en este no fiamos, al criterio de la razon, siempre descubriremos innegable é irrefutable esta verdad: no puede la familia rural de Puerto-Rico, á pesar de algunas modificaciones que en sus usos haya experimentado, ser muy distinta de la que describía, no hace muchos años, el P. Abbad: porque ni

la obra del tiempo trascurrido,—escasísimo, insignificante por cierto, para producir una variación trascendental,—ni las relaciones y otros influjos que hayan podido en aquella isla obrar, son bastantes á producir un cambio repentino, el primero que se registraría en la historia de todos los pueblos. Y en efecto, ¿la mujer que hace algunos años solo era madre en su amor instintivo, no en sus cuidados, ni en su ternura, ni en su misión, la que en tan lastimoso estado moral se hallaba, puede, sin el influjo de acción alguna, sin la solicitud de alguien que por ella se desvelara, y con el solo trascurso de un corto período de tiempo, haberse transformado moral y socialmente, aun habiéndolo hecho en otro sentido, si bien saludable, de mucho no tan importante como el primero? La contestación no nos parece dudosa, ni tampoco difícil, siguiendo la norma de los principios antes sentados.

Sabemos que gran parte de la descripción, que con transcribirla hicimos nuestra en el último artículo, es relativa á un tipo especial, que merced á los medios poderosos que la auxiliaban, ha dejado de ser en Puerto-Rico, para confundirse con los tipos perfeccionados por las relaciones y la ilustración: conocemos que la *estanciera*, la mujer que poseía esclavas, que fumaba, que dormía en su hamaca gran parte del día, ha desaparecido para adquirir nuevos hábitos y nueva consideración, para llegar á ser en nuestros días, lo que la mujer acomodada, social, habitante de los centros y rodeada de relaciones saludables que la han levantado y ennoblecido; pero sabemos también que aun cuando fueran solo propios á la *estanciera* los detalles de tal descripción, convenía, sin embargo, á toda mujer del campo el espíritu que de la misma se desprendía, y, ya lo hemos dicho, menos por los detalles que por el fondo, citamos nosotros las palabras del P. Abbad. Así pues, comprendimos en nuestro estudio, no á la campesina acomodada de entonces, que gracias á sus relaciones con el centro, gracias á sus propios medios ha logrado sacudir su antiguo letargo y revestirse de las galas comunes á la mujer de la sociedad; quisimos comprender todas cuantas esferas en que, descendiendo de la *estanciera*, fuéramos descubriendo á una mujer de los campos. La mujer que sino fumaba y descansaba en una hamaca, porque su miseria se lo impedía, huía al menos de toda faena que no fuera necesaria á satisfacer las más sencillas y las más primitivas necesidades, que no otras sentía; la mujer que cobijada en un techo inseguro é insuficiente contra el sol y las lluvias, no sentía el deseo de procurar á sus hijos y á sí misma un nuevo albergue más saludable y menos incómodo; la mujer, por

fin, que conociendo apenas otros afectos que los brutales, ni más sentimientos que los instintivos, se entregaba á ellos, sin experimentar tan solo el rubor más ligero, y sin cuidar de alejar á sus hijos de tan despreciables escenas; el atraso de estas mujeres, el abandono, la pobreza moral, la mezquina y aun dañosa influencia de las mismas pueden muy bien colocarse al nivel de la atrasada cultura y de la vergonzosa inercia que en la descripción del P. Abbad podemos haber descubierto. Y por esto, como hemos dicho arriba, la que de entre esas familias no ha sentido influencia alguna que la arrebatara á tanta desdicha, la que no ha poseído un solo medio material que la valiera para alcanzar su regeneración, sigue siendo la mujer campesina, la infeliz proletaria de la tierra, la madre inútil y viciada, el elemento salvador de la sociedad trocado en elemento disolvente y viciador. La que después de verse comprendida en la triste pintura del P. Abbad, ha podido merced á relaciones que su posición la ha conquistado y á medios que con su riqueza ha adquirido, lanzar de sí aquella miseria moral que la corrompia y ha logrado hacer benéfica su influencia y fructuoso su amor de madre, esta se halla comprendida y tiene hecha su apreciación en el examen de la mujer social, que antepusimos al presente estudio de la mujer campesina.

II.

Hé ahí pues, cual es y cual aparece la mujer puertorriqueña. En la primera de sus dos esferas, dotada de talento superior, de corazón amante, tierno, ideal; experimentando vagos deseos de engrandecerse y de llegar á su fin y á su gloria, pero obligada á retroceder porque sus fuerzas no la bastan, y no acude quien la preste fuerzas; esta es, ya lo dijimos, la mujer de todas partes, aun quizá más elevada, en la que nos ocupa, más noble y más digna en su misma impotencia, porque no son muchas las naciones de ahora, cuya mujer luche y ansie su fin; antes bien duerme la mujer en gran número de ellas al compás de aduladores arrullos, de mezquinos encantos, de frívolas armonías, que la desfiguran, que la pervierten, que la inutilizan. En la segunda esfera, es la mujer en Puerto-Rico, la más triste, la más desconsoladora imagen de la incuria, del abandono, de la inercia; ¡ni una desarrollada inteligencia, ni un corazón cultivado, ni una idea bella, tierna, consoladora, ni un sentimiento fundado, bien dirigido, racional!

Ahora bien, cuando después de terminadas nuestras exploraciones, tales resultados hemos conseguido, cuando no puede quedarnos duda alguna de que en Puer-

to-Rico, al paso que un suelo fecundo donde bien cultivado pudieran aparecer buenas madres, no existe por ahora mas que un terreno inútil, por lo abandonado y por lo inculto, ¿no han de ser nuestras palabras de ahora, recriminaciones fundadísimas por un lado, y reclamaciones muy atendibles por otro? Como no ser así!... Es primer elemento de la educacion una madre dispuesta á realizarla, opulenta en virtudes, grande en solicitud eficaz y cuidadoso cariño; tanto mas perfecta ha de ser la educacion de un pueblo, cuanto sea mayor la facilidad de alcanzar en él buenas madres, cuanto mas brillante sea la inteligencia, cuanto mas delicado sea el corazon de la mujer que en él habite. Y nosotros, que al simple contacto de una somera ilustracion, que al sencillo influjo de relaciones externas y de ejemplos imperfectos, hemos visto desplegarse en la mujer puerto-riqueña todo el esplendor de las condiciones que dejamos citadas, ¿cómo ahogaremos nuestra voz, si contemplamos derruido todavía lo que el mas sencillo cuidado, lo que la mas liviana solicitud pudiera haber convertido en alcázar soberbio de civilizacion y de gloria?

Y por otra parte, cuando desde este cuadro que aun que irritante, tiene por lo menos algo de consolador y risueño, volvemos nuestros ojos hácia otra esfera, entre cuya fetidez se agita otro sér igualmente respetable, igualmente atendible, igualmente sagrado, porque tambien es madre, porque tambien de él han de venir bienes á la sociedad, ¿dónde hallar palabras bastantes para espresar lo que sentimos, dónde sentimientos que interpreten todo cuanto debiérase sentir? Mañana tal vez,—no lo esperamos,—apareciera una generacion viciada, mañana tal vez se agitara entre los pueblos un pueblo frio, servil, abandonado, sin ideas que le animaran, sin creencias que le sostuvieran, y ¿quién en tal caso osara culpar á aquel pueblo de su misma decadencia? ¿Con qué derecho nuestra sociedad trataria de repelerle, de arrojarle de su seno, si aquel aborto, si aquella mole insensible de espíritus enervados fuera obra de nuestra misma sociedad? En América menos que en otra parte del mundo pueden tales palabras pasar de meras hipótesis, para convertirse en profecías ó en presunciones, pero no es de todos modos razon, ni interés de nadie, ni de la metrópoli, ni de la misma antilla que nos ocupa, dejar sus condiciones abandonadas, desatendiendo que en aquel suelo, como en todo el espacio americano, fermenta la vida, el calor, el entusiasmo. Y dejar de cultivarlos, es encaminar tales elementos á un desbordamiento fatal, pues nada puede para un pueblo ser mas grande calamidad que un movimiento forzosamente tumultuoso, cuando no acude una mano á pre-

pararle un cauce, una corriente que le contenga. Esto es lo que tal vez podria acontecer si no se acudiera solícita y presurosamente á dejar establecidas las sólidas bases de una buena educacion en Puerto-Rico. Así los pueblos estúpidos, como aquellos naturalmente fogosos, necesitan poderosamente de tal elemento para alcanzar una venturosa existencia.

La América, vírgen todavía, aparecida de ayer en la vida social, jóven en sus actos externos, lo mismo que en sus sentimientos y en sus ideas, acoge cada dia con ardiente afan una nueva idea, un nuevo ejemplo, una nueva doctrina que la llega envuelta en las relaciones que con el viejo mundo mantiene, ó que ella por sí misma va creando. Para ella solo necesita una idea, ser entusiasta, parecer generosa, llevar consigo el carácter de radical, para que se dé por conquistada y por partidaria ardiente de su defensa y aplicacion. La América meridional y la central en que se halla situado el pueblo puerto-riqueño, son las que principalmente experimentan ese ardor de imaginacion y de sentimientos, que las permite apenas meditar, sin que por lo tanto acierten á distinguir lo bueno de lo malo, ni lo verdadero de lo utópico. Y esto patentiza la necesidad de que los corazones se encaminen, deponiendo en ellos tesoros inmensos de virtudes y de preceptos que les inspiren acierto en su sentir, alejándoles de los arrebatos, de las ciegas aficiones y entusiasmos. Por otro lado no patentiza menos la grandeza de aquella necesidad, la existencia de razas ó familias sepultadas todavía en el fondo de los bosques, ajenas á toda civilizacion y viviendo una vida sedentaria, abyecta, envenenada, como la de la familia proletaria, cuya triste situacion hemos examinado. Nosotros no sabemos si de las dos consideraciones que acabamos de apuntar puede una ser reputada de mas importante que la otra, antes bien pensamos que ambas á la vez reclaman pronta y enérgicamente la proteccion y asiduo cuidado de aquellos, cuya sagrada mision es conducir al bien á aquellos que de su gobierno dependen.

Tal es el deber y aun la necesidad de la metrópoli española, tal el objeto que muy predilectamente debe llevar atento al gobierno de la misma, tal lo que esperamos ver por él cuanto antes realizado, porque no otra cosa nos hace presentir su laudable celo desplegado en pró de los respetables intereses ultramarinos.

Puesto que en el suelo puerto-riqueño, no ha existido por ahora una educacion tal, que deje fundadamente presumir la presencia de madres perfectamente educadas, vano fuera confiar en la accion é influjo exclusivo de la mujer; si de iniciar la obra salvadora de la educacion se trata, preciso es tomar el camino des-

de su principio, y empezar por lo tanto por formar madres; la obra debe iniciarse con preceptores de uno ó de otro sexo, pero dotados de verdadero valer, llenos de fé y amor por la obra que se les confía, convencidos y animados por la grandeza de su propia misión. Hé aquí lo que ha de ser, en nuestro concepto, el principio de la empresa. Aun cuando razones tuviéramos que nos valieran y justicia que nos apoyara, queremos no pedir para Puerto-Rico mas de lo que se concede á la mujer en la Península; poco, muy poco pedir es, raya casi en no pedir nada, pero será al fin algo que se conceda, será al fin abrir el camino, y nosotros casi no deseamos en gran parte de las cuestiones que á Ultramar interesan, mas que este sencillísimo paso, por parte de la metrópoli. Mayores serán sus títulos al amor de su menor antilla y á su propia gloria, si mayor es la proteccion y el amparo que á la misma concede, pero si á tanto no quiere alcanzar, redúzcase solo á abrir el sendero, la isla lo esplanará; no llegue á mas que á tenderla su mano, sin retirarla en trance alguno. Pruebas existen y hemos dejado nosotros mentadas, que atestiguan nuestros asertos y quitan á los mismos la calificación de ilusiones y ensueños que pudiera dárselos. Así pues, bástale á Puerto-Rico que se establezca en su suelo una institucion de cuyo seno pueda mas tarde salir una mujer educada, bien modelado su corazon, deslindados sus sentimientos y habiendo por fin tocado al término de lo que hasta ahora con impotentes esfuerzos ha codiciado y procurado conseguir.

Algo se ha hecho en este concepto; muy recientemente ha sido establecida en la isla una institucion que mas tarde analizaremos, al examinar el estado actual de la instruccion.

Por ahora nos reducimos á hacer patente la necesidad y la justicia que tales medidas reclaman. Y puesto que la institucion de los profesores y profesoras, como elementos de la educacion y de la instruccion á un tiempo, serán objeto de un estudio, bástanos aquí con indicar el objeto de nuestra peticion, sin que descendamos á averiguar las condiciones buenas ó malas de que actualmente se halla acompañada.

Quisiéramos que fuera este lugar á propósito para contener infinitas y tristes reflexiones que nos sugiere el estado general de la mujer en las sociedades modernas; si por otro terreno anduviéramos, que por el de la práctica, otras fueran las espresiones con que manifestaríamos nuestros deseos, y otros fueran tambien estos. Que mientras la mujer no sea en el mundo objeto de constante y asidua solicitud, la educacion en general será incompleta, será ineficaz, será viciosa. ¡Con cuánta verdad ha dicho un filósofo eminente:

«poco espero de nuestra generacion, porque no educa á la mujer»!... ¡Cuánta será la escasez de bienes verdaderos, de progreso y de libertad que alcance un pueblo, sino supo, ni pudo en sus principios aprender la senda que á tales objetos le condujera!...

¿Quién no ha escuchado en nuestros dias lamentos incesantes, pronósticos horribles, frases denigrantes para la actual sociedad?... ¿Quién no ha visto hombres sin cuento, atemorizados, horrorizados ante el materialismo, ante la sordidez, ante la disolvente frialdad y egoismo de nuestros dias? ¡Sí! todos temen; desde los mas altos puestos de la sociedad se han lanzado exclamaciones infinitas, y nadie atiende á la causa, todos olvidan el remedio.

Quando sea la mujer otra, distinta de la actual; cuando sea su esfera la de los cuidados profundos y verdaderos sobre la familia á que pertenece; cuando no sienta fomentada su natural frivolidad y abandonada su natural nobleza; cuando de nuestras madres recibamos algo mas que abrazos y caricias, algo mas que frases vulgares y sentimientos mezquinos, y las admiremos al mismo tiempo que las adoremos, cuando sea su recuerdo un presente indestructible en nuestro corazon y en nuestra mente, entonces podrá la sociedad tener un derecho sobre sus individuos para pedirles nobleza en su sentir, hidalguía en sus actos, honradez en su vivir.

Mientras tal no acontezca, suframos el mal, ya que no aplicamos el remedio, á pesar de su facilidad; y ya que solo tan imperfectamente la mujer es educada, concédase al menos tan pobre extremo á los pueblos que casi de él carecen: concédase, pues, á la isla de Puerto-Rico que ponga su educacion al nivel de la Península; permítasele que dé este paso, que, no solo derecho, sino tambien deber tiene de hacerlo, pues deber y derecho es para los pueblos mover y aplicar todos cuantos medios les conduzcan á su perfeccion.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

DE LAS SUBSISTENCIAS Y DE LA POBLACION (1).

Al dirigir la vista al estado social de nuestra patria, al contemplar sus miserias y penalidades, se entristece el corazon, decae el ánimo y se arrasan en lágrimas

(1). No permitiendo la índole de este trabajo subdividirlo para su publicacion, lo insertamos íntegro, retirando al objeto parte del original que teníamos acopiado. El aplauso general que obtuvo su lectura en una de las ultimas sesiones de la Seccion de ciencias morales del Ateneo Catalan legitimará sin duda la importancia que le damos.

los ojos. Su presente es tan triste y tan oscuro su porvenir, como feliz y glorioso su pasado. En agricultura, industria, comercio y en todas las artes en fin, tanto bellas como útiles, España ocupaba hace tres siglos el primer lugar entre las naciones civilizadas; eran sus ciudades las mas florecientes, sus campos los mas fértiles, su comercio el mas estenso, su industria la mas adelantada, su pabellon el mas venerado y temidos y respetados, ya que no queridos, sus valientes tercios. Asturias, Navarra y las Provincias Vascongadas estaban cubiertas de frutos y pastos que alimentaban multitud de rebaños. El azafran que se cultivaba en la provincia de Barcelona y en Cuenca era un manantial de riqueza, y todo el norte de la península producía miel, cera, lino y cáñamo en abundancia. La riqueza del reino de Granada era tal, que alimentaba una poblacion de tres millones de almas, y la feracidad de la vega de las Alpujarras, bañada por el Genil, era verdaderamente prodigiosa, atribuyéndose esa fertilidad á las olas de sangre que inundaron aquellos campos en las últimas luchas entre moros y cristianos.

Si su agricultura se hallaba en estado tan próspero y floreciente, su industria y su comercio eran dignos de ella. Toledo, Cuenca, Ciudad-Real, Granada, Córdoba, Sevilla y otras ciudades importantes poseían ricas fábricas de curtidos, paños y sederías. Los paños de Segovia eran, segun Mr. Weis, los mas ricos de Europa. Sabida es la fama de las hojas de Toledo y los marroquies de Córdoba eran tan escelentes, que desde entónces se dió el nombre de cordoban á este género de peletería. Los pueblos mas industrioses de la Europa moderna, dice Gándara en sus apuntes sobre el bien y el mal de España, no han conseguido aun dar á sus bordados, á sus tejidos de seda, de oro y de plata, la solidez, la elegancia y la perfeccion que al cabo de dos siglos se admira en los productos de las fábricas de España. Nunca, añade el mismo autor, ha habido en Lyon, Nimes, París y Lóndres telas de damasco comparables á las elaboradas en otro tiempo en las fábricas de Toledo, Granada, Sevilla y Segovia, aunque las actuales sean indudablemente muy superiores á las de la España del dia.

Su comercio era proporcionado á su agricultura é industria. Las ferias de Burgos, de Valladolid y en especial las de Medina del Campo eran notables por lo concurridas y por el número é importancia de las transacciones á que daban lugar. Barcelona, segun D. Antonio Campmany, esportaba sus tejidos de lana, así como tambien multitud de productos de lo restante de España, como trigo, sal, plomo, hierro, acero, maderas de construccion, etc. etc. á Nápoles, Sicilia y hasta á

Egipto, Siria y otros puntos de Levante, siendo para esta industriosa ciudad fuente inagotable de riqueza el comercio de coral, que se pescaba en las costas de Cataluña y Berbería. Mas de mil navíos habia en el año de 1586 en los puertos de España, cuya marina mercante era á la sazón superior á la que poseía la Francia y aun la Inglaterra, siendo la de guerra el espanto de los mares. Era Sevilla entonces el emporio de la riqueza. Su poblacion era inmensa, extraordinarios sus productos fabriles é ilimitado su comercio. Sevilla, dice Tomás Moncada, es el puerto principal de España á donde afluyen todas las mercaderías de Flandes, Francia, Inglaterra é Italia. Sevilla es la capital de todos los comerciantes del universo. Poco há estaba situada la Andalucía en el extremo del mundo; desde el descubrimiento de América ha venido á hallarse en el centro.

En literatura produce en esta dichosa época nuestra patria tal multitud de sobresalientes ingenios, que se la ha llamado, y con razon, el siglo de oro. Hurtado de Mendoza y Mariana, comparados á Salustio y á Tito Livio; Garcilaso, á quien se apellidó el Petrarca español; Quevedo, comparado por Sismondi á Voltaire; Moreto, Calderon y Lope de Vega, maestros de Corneille, Racine y Molière, segun confesion del mismo Voltaire, sorprenden al mundo con sus obras. Y aparece asimismo en escena, el que oscurece y eclipsa á todos, genio inmortal y extraordinario, único rival de Homero que ha producido la tierra, D. Miguel de Cervantes Saavedra. Poeta, historiador y filósofo; elegante, gracioso, fino, delicado y profundo, su D. Quijote es obra que ha pasado á la posteridad rodeada de una auréola de gloria, que brilla con tanto mas esplendor, cuanto mayor es la pureza, la imparcialidad, el desinterés y la espontaneidad, con que todos reconocemos su mérito incomparable. Sus dos principales personajes no se borrarán jamás de la memoria de los que hayan tenido la suerte de hojear una vez siquiera esta obra admirable.

¿Qué fué de tanto poder, qué se hizo de gloria tan grande y pujanza tan extraordinaria? ¡Triste es decirlo! desaparecieron en breve, merced á la política desacertada y egoísta de la casa de Austria, de esa dinastía, que, como dice Mr. Mignet, comienza con Carlos I, general y rey, á quien sigue Felipe II, que fué solo rey, á este Felipe III y Felipe IV, que no fueron ni aun reyes, y que termina con Carlos II, que ni siquiera fué hombre; de esa dinastía á cuyos miembros fué comun la monomanía de la monarquía universal, á cuya idea sacrificaron los intereses de nuestra nacion, que consideraban como una propiedad particular, y de la cual hubieran dispuesto como de

cosa propia sino hubiesen puesto óbice á sus pretensiones la altivez castellana y la arrogancia é inflexibilidad de aragoneses y catalanes. Regenérase algun tanto nuestra patria con la exaltacion al trono de San Fernando de la dinastía que rige hace siglo y medio los destinos del país; pero tras grandes vaivenes, ansiedades profundas y lastimosas guerras, es el estado actual de España triste y desconsolador. Una agricultura decaída, una industria arruinada, un comercio paralizado, una hacienda en bancarrota y una poblacion mermada, indiferente y escéptica; tal es la situacion de la península, desconsoladora, es verdad, pero demasiado cierta por desgracia, situacion, que arranca lastimeros ayes á nuestro jóven corazon y que nos hace esclamar con Rioja

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que vés ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo España poderosa!

Algunos buenos españoles que se ocupan en las cosas de su patria con la predileccion que ellas merecen, al contemplar tan lastimoso estado, faltan capitales y sobran ciudadanos, exclaman, ha desaparecido equilibrio, que siempre debe existir entre la poblacion y las subsistencias é interin este equilibrio no se restablezca, el hambre y la miseria será el porvenir que nos aguarda. Y este fenómeno observado en las demás naciones del continente en otras épocas, ya que no en la actual, y nunca con la exageracion é intensidad que en nuestra España, ha dado lugar á graves discusiones entre ilustres economistas, y va á ser el tema del presente artículo. ¡Lástima grande que asunto tan interesante y trascendental no sea tratado por uno cualquiera de los muchos y eminentes publicistas, que con justo orgullo ostenta nuestra patria como su mas preciado blason!

Un ilustre filósofo y profundo pensador, Tomás Roberto Malthus, reflexiona gravemente sobre esta árdua cuestion, estudia las ideas emitidas por Montesquieu, Quesnay y Adam Smith, observa los fenómenos sociales, que ante sus ojos se presentan, y tras largos años de exámen detenido y concienzudo, exhala su pecho un grito de júbilo: nuevo Arquímedes, pretende haber descubierto la ley que preside á las relaciones existentes entre las subsistencias y la poblacion, y en 1802 publica su obra titulada «Ensayo sobre el principio de la poblacion,» en la cual se sustenta una doctrina que Stuart Mill define gráficamente diciendo que es la filosofía de la desesperacion, basada en una aritmética de ruina. Cae dicha obra como una bomba en el campo de los economistas, introdúcese en él la confusion, el desórden y la division en las opiniones y mientras la sostienen y defienden Rossi, Molinari,

Garnier y otros ilustres autores, la combaten con energia Everett, Cavey y otros no menos ilustres que los primeros.

Esta doctrina, resultado de los viajes de Malthus á Dinamarca, Suecia, Rusia, Saboya y Suiza, de sus investigaciones filosóficas y de estudiosas meditaciones, se resume en las dos siguientes proposiciones: primera; cuando la poblacion no se encuentra detenida por ningun obstáculo, se duplica en el período de 25 años y tiende á crecer y desarrollarse insiguiendo una progresion geométrica: Segunda; dadas las circunstancias mas favorables á la industria, los medios de subsistencia no pueden alimentar mas rápidamente que insiguiendo una progresion aritmética; de lo cual resulta que á la postre de dos generaciones se hallará la poblacion con relacion á las subsistencias en una proporcion de 256 á 9. La razon se concibe fácilmente, añade Malthus; para aumentar la poblacion basta que el hombre se deje llevar de sus instintos brutales, de sus sensuales apetitos, al paso que el desarrollo de las subsistencias se halla contenido por lo limitado de la poblacion productora, por ser limitado el trabajo, los capitales, la tierra y todos los instrumentos, en fin, de que el hombre puede echar mano para producir.

Apoyando la primera de estas dos proposiciones, dice Say: haciendo caso omiso de todas las causas, que limitan el acrecentamiento de nuestra especie, nos encontramos que un hombre y una mujer núbiles pueden fácilmente tener doce hijos por lo menos, pero la experiencia nos enseña, que la mitad de estos seres humanos mueren antes de llegar á la edad de veinte y seis años, de lo cual se desprende que si cada matrimonio no puede criar doce hijos, puede sí criar seis, los cuales á su vez son capaces de dar vida á tantos seres como produjo el matrimonio de que ellos nacieron. Y esto le conduce á sentar el principio de que la poblacion de un pais cualquiera, puede triplicar en el término de veinte y seis años.

Rossi acepta tambien la proposicion de Malthus y arguyendo en pro de la misma encuentra fácil la demostracion de la verdad del principio proclamado por este. Siempre que os halleis, dice, muchos productos, cada uno de los cuales tenga una fuerza reproductiva igual á la de su causante, encontrareis una progresion geométrica mas ó menos rápida. Si uno produce dos, y los nuevos productos tienen la misma fuerza reproductiva que la primera unidad, dos producirán cuatro, cuatro producirán ocho y así sucesivamente.

Para demostrar la verdad de sus asertos hace el fundador de esta doctrina una escursion á los Estados-Unidos; allí encuentra plenamente probada su teoría y, apoyándose en la opinion de Price, Euler y

Petit, cree ponerse al abrigo de toda crítica diciendo que la población puede doblar en el período de veinte y cinco años. Observando, sin embargo, lo acontecido en Baden, Hungría, Bélgica, Toscana y otras naciones de Europa, que es la refutación tácita pero enérgica de su absurda aseveración, dice Garnier, que es otro de los sostenedores de esta teoría, que Malthus al sentar las proposiciones mencionadas no ha querido expresar más que la tendencia á que obedecen la población y las subsistencias, ó sea los medios de existencia, como los llama Mr. Destutt de Tracy, comprendiendo bajo este calificativo el alimento, el vestido y la habitación.

Si es verdadera esta doctrina, si son ciertos é incontestables los principios que defiende, contando la tierra como contaba á principios de nuestra era con una población de mil millones de habitantes ¿cómo hoy cuenta con los mismos? ¿por qué no se ha elevado el número á billones de millones, ya que, según la teoría malthusiana, tiene tendencia la población á duplicar cada veinte y cinco años? El hambre, la guerra, las pestes y los terremotos, se contesta, son los que ponen el límite á ese acrecentamiento, son los remedios de que se vale el Hacedor para contener los efectos de la intemperancia humana, es el paliativo que emplea para subsanar el grave error cometido al dar vida á su sér predilecto, á su criatura más perfecta y más querida, aquella cuya salvación eterna le impulsó á revestirse de la forma humana y venir á este mundo á sufrir injurias, escarnios y ultrajes de toda especie, terminando su obra con los inauditos tormentos que experimentó el mártir del Gólgota. ¡Hasta donde llega el orgullo, la soberbia y la vanidad del hombre! ¡Pretender saber más que el Supremo Sabio y censurar las leyes, que rigen todos los fenómenos de la naturaleza, cuando es tan admirable su perfección, que su estudio convierte al hombre más escéptico y descreído en el más entusiasta defensor de la existencia de Dios! La mayor parte de los males, que afligen á la humanidad, reconocen por origen los vicios é intemperancia del hombre, y en cuanto á las guerras, producto son, en la mayor parte de los casos, del orgullo y ambición de los que están al frente del gobierno de las naciones.

Ábrase la historia y esta nos dirá que en muchas ocasiones no se ha tenido reparo alguno en arrancar á un ciudadano de los brazos de su madre para llevarlo á morir en los campos de batalla, en emprender guerras desastrosas y luchas fratricidas, causas de la ruina de los Estados y del llanto y de la desesperación de las familias, por motivos tan fútiles y pretestos tan frívolos y livianos como el capricho de una querida ó miserables rencillas de familia.

Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sujetadla á vuestro dominio y poderío: hé aquí las palabras dirigidas por Dios á los hombres, de las cuales se desprende la soberanía absoluta que les ha dado sobre todo lo creado. ¿Cómo se ha cumplido este precepto del Hacedor? Dirijase la vista á nuestro globo y se verá que solo se halla habitada una parte muy exígua. A pesar de tener Rusia una extensión territorial mayor que toda Europa, es una población tan solo doble que la de Francia. Los Estados-Unidos, citados por Malthus y sus sectarios como modelo de acrecentamiento de población, se hallan casi vacíos, pues si todos los Estados que constituyen esta gran república tuviesen el mismo número de habitantes que el de Massachusetts, debía ser de 460 millones y no de 34 como es la cifra de sus moradores. Méjico, cuya superficie es inmensamente mayor que la de la península española, debía contar mayor número de habitantes que esta, y tiene menos, pues no asciende más que á 10 millones. Estúdiense las naciones situadas en la América del Sur, pásese la vista por la Oceanía, recórranse los inmensos desiertos de la península africana, y dígase si no es negar la evidencia aseverar que existe en el mundo exhuberancia de población. A pesar de esto, el hambre, las epidemias y todas las desgracias, en fin, que comprende el fundador de esta teoría en las palabras vicio y miseria, han afligido de continuo al hombre, y en cuanto á la guerra, bien puede decirse que desde el fratricidio de Cain ha sido este el estado normal de la humanidad. No pretendemos describir la multitud de luchas que han ensangrentado la tierra desde el origen del mundo; sería carga harto pesada para nuestros débiles hombros; renunciamos á seguir en su camino al carro de Marte con su fúnebre cortejo de cadáveres acéfalos, entrañas palpitantes, ruinas, llanto, desolación y miseria, los quejidos de las víctimas y sus ayes lastimeros, ayes y quejidos que no es suficiente á ofuscar el atronador estruendo de la trompa bélica, apesadumbran la inteligencia, traspasan el corazón y sublevan la conciencia. Cerremos los ojos ante espectáculo tan desgarrador, si queremos conservar del hombre una idea noble y elevada.

Esa despoblación existe, y siendo un hecho claro y evidente como la luz, nadie se atreve á ponerlo en duda. Mas aun, se confiesa que la mayor parte de esos territorios completamente deshabitados, como sucede con el interior de Africa, el de la provincia rodeada por el Orinoco, los Usbechs de Asia y otros muchos, cuya enumeración sería difícil y casi interminable, son de una fertilidad prodigiosa, de una temperatura benigna y tan espléndidamente dotados por la naturaleza, que podría florecer en ellos una agricultura exhu-

berante y una industria pujante y rica. Pero no sucede lo mismo en el occidente de Europa. Allí falta la población y sobran las subsistencias; aquí, se dice, sobra la población y faltan las subsistencias. Y si la colonización podría neutralizar este inconveniente, restableciendo en el mundo el debido equilibrio, es un obstáculo para la misma el amor á la patria que existe en el corazón de todos los hombres, sentimiento que, como dice Mr. de Chateaubriand, nos hace preferir el miserable villorrio que nos vió nacer, á la mas opulenta y fastuosa ciudad; que contiene al ruso en su glacial y triste país y hace sufrir con resignación al habitante del ecuador los horribles calores producidos por un sol abrasador, evitando de esta suerte la despoblación de dichos países, y la aglomeración de personas en las zonas templadas con el necesario acompañamiento de desórdenes y confusión.

No seremos nosotros quienes pretendamos negar la existencia de ese sentimiento, ni poner en duda por un momento siquiera los hechos gloriosos á que ha dado lugar. Régulo, Pelayo, Guzman y otra multitud de héroes se encargarian de desmentir al que tal pretension tuviese. Pero si es verdad incontestable la existencia de ese amor, ésto tambien que no es él el único que abriga el corazón humano, pues este encierra otros mas privilegiados y de mas ineludible satisfacción. Hállase tambien en él el amor que tiene el individuo á su propia conservación y á la prolongación de su vida, y á este, que es el mas enérgico y el que ocupa el primer grado en esa gerarquía, sigue el amor á la familia. Pongamos en pugna estos dos sentimientos con el primero, coloquémonos en situación de tener que optar precisamente por aquel ó por estos, é indudablemente será aquel el sacrificado. La historia comprueba con los hechos lo que acabamos de manifestar, y lo que es mas, abrámosla y en sus páginas hallaremos que no es necesario para que tenga lugar la emigración, que se vea amenazada la existencia del individuo ó la de su familia, que no es preciso para dejar á la madre patria que esta de madre se convierta en madrastra, sino que ese abandono ha obedecido en ciertas épocas á ideas verdaderamente ruines y despreciables. Léase la nuestra, y se verá que una de las muchas concausas que dió lugar á la despoblación de España y á su consiguiente debilidad y abatimiento, fué la espantosa emigración que en los siglos xvi y xvii llevó á Méjico y al Perú lo mas florido de nuestra población productora, impulsada por la ambición de enriquecerse sin trabajar, explotando las minas de oro y plata que poseian aquellos privilegiados territorios, cuyos metales se conceptuaban entonces como la única riqueza apreciable.

La gran causa, dice Malthus, que hasta ahora se ha opuesto al progreso de la humanidad hácia su bienestar, es la tendencia constante de toda la vida animada á acrecentarse con mas rapidez que las subsistencias, preparadas para ella: esta es la causa única del vicio y de la miseria. Con la valentía que acompaña á la razón y con la energía propia de un convencimiento profundo, ¿qué se entiende, pregunta Carey, por subsistencias preparadas? Un padre que hubiese puesto á disposición de sus hijos un granero bien repleto, ¿les ha preparado ó no la subsistencia que necesitan? Si les ha dado con la mayor abundancia las primeras materias de comer, beber y arder, si les ha dotado de la inteligencia suficiente para su modificación y transformación, ¿será justo acusarle de haberles dejado sumidos en la miseria apoyándose en el fútil pretexto de que no ha molido el trigo, cocido el pan, cortado los árboles y trasportado la madera, tejido el algodón y dádole la forma de camisas y pantalones? Si á pesar de todo esto sufren escasez, hambre y miseria, ¿á quién deberá imputarse la responsabilidad de tantos males, al padre ó á los hijos? No será al primero de seguro.

Haciendo extensivo este ejemplo á la gran familia humana ¿deberemos comprender en las palabras subsistencias preparadas solamente las formas ya organizadas, vegetales y animales, muy diseminadas en toda la superficie del globo, ó tambien esa multitud de primeras materias, encerradas en ese grande almacén, que se llama seno de la tierra, susceptibles de un sinnúmero de modificaciones, y que en su deseo de servir al hombre, no esperan para ello sino que éste las llame? La hulla y los minerales todos, el trigo y la lana ¿no han sido tan preparadas para su uso, como los vegetales, que crecen en los prados naturales? Todos los poderes de la tierra, cualesquiera que sean y sea cualquiera el lugar en que se hallen, han sido destinados á su servicio, y el hombre ha sido dotado de todas las facultades suficientes para obligarles á satisfacer sus deseos y llenar sus necesidades. Si perece de hambre en medio de tesoro tan rico, no está la culpa en el Criador, sino en la criatura.

Y sin embargo, el hecho es demasiado cierto por desgracia. El hambre con su horrible y descarnada faz se está presentando en alguna población de Europa y ha causado 1.000,000 de víctimas en la India, la miseria con sus tristes harapos ha llegado en Lóndres á un extremo tan terrible, segun dicen los periódicos, que el obispo ha solicitado la asistencia pública. ¿Cuál puede ser la causa de calamidad tan grande? La insuficiencia de las subsistencias preparadas para atender á las necesidades del hombre, responden los par-

tidarios de la doctrina malthusiana; pero ¿qué pruebas dan de la verdad de sus asertos? ¿Ha encontrado este alguna vez agotado el tesoro, que puso á su disposición la Providencia? ¿Ha correspondido en alguna época la tierra con ingratitud á sus afanes y sudores? ¿Ha sido en alguna ocasion estéril todo trabajo inteligente? Después de hecho el balance ¿no se ha encontrado un saldo á su favor, cumplidas las condiciones, bajo las cuales consiente en prestar la tierra, cuales son, la devolucion puntual de las primeras materias, después de haber hecho de ellas el oportuno uso. La historia de toda nacion, que progresa, ofrece una prueba de lo que acabamos de decir, pues la oferta de las subsistencias, dice Carey, se acrecienta con mas rapidez que la poblacion, que debe repartírselas, en todo país, en que los hombres han llegado á adquirir la aptitud de combinar sus esfuerzos lo suficiente para poner en actividad los diversos poderes de que han sido dotados.

¿Es cierto, sin embargo, el principio proclamado por Malthus? Examinando con detencion todos los seres que pueblan la tierra se observa que á medida que es mas imperfecto su organismo es mayor su fecundidad, y así se ve que mientras los microscópicos se reproducen por millones en el corto espacio de tiempo de una semana, la preñez de la ballena ó del elefante dura mucho tiempo y rara vez produce mas de un hijuelo. La regla es la misma en toda la escala de los seres, desde el pólipó coral hasta la hormiga y desde esta hasta el elefante; y siendo el hombre el ser mas perfecto de la creacion, siendo el remate, la corona de este edificio admirable, es lógico, consecuente y natural, que su reproduccion debe ser mas lenta que la de cualquier otro animal y por lo mismo, que son absurdos los dos principios de que parte la doctrina del esceso de poblacion. Si esta fuese cierta, como pretenden sus sostenedores, si fuese una regla permanente y constante seria universal, se observaria en todos los países, en todos los climas y en todos los períodos históricos; y sin embargo, echemos una ojeada á nuestro globo y nos convenceremos de lo contrario al observar que en un punto es ligero el acrecentamiento de la poblacion, y en otro lento, y que en unos decrece pausadamente, al paso que en otros es rápido en extremo ese decrecimiento. No; en ninguna parte hallaremos prueba alguna, que venga en apoyo de esa soñada fecundidad de la raza humana, tal como la pretende la escuela adversa; y es que ella seria contraria á la naturaleza de las cosas, pues el clima, la salud, la educacion, la profesion y los hábitos de la vida ejercen sobre la funcion de la reproduccion la misma influencia que sobre las restantes funciones orgánicas

del cuerpo humano, viéndose afectada por todas las causas que obran sobre el cuerpo, la inteligencia y las costumbres por ser una funcion vital, dependiente del organismo de que forma parte.

Es el hombre un compuesto de alma y cuerpo: tiene sensibilidad, inteligencia y voluntad; corazon, arterias, venas, músculos, glándulas, vísceras abdominales, forácicas y órganos sexuales. En unos funciona mas el sistema muscular que la parte intelectual; en otros predominan los órganos de nutricion; en un pequeño número el poder moral é intelectual obra exclusivamente y en perjuicio de los sistemas de nutricion y locomocion, mientras que en la mujer desde la edad de la pubertad ejerce considerable influencia en sus facultades mentales el sistema de reproduccion. La salud y la vida dependen del equilibrio entre estos diferentes sistemas, pues la preponderancia de uno de ellos no puede conseguirse sino en detrimento y perjuicio de los demás. Existen, sin embargo, entre algunos de ellos profundas simpatías hasta el punto que el desarrollo é incremento de uno se traduce en desarrollo é incremento del otro. Tal sucede entre las funciones musculares y las de reproduccion, y hé aquí porque los antiguos esclavos de las plantaciones de los Estados-Unidos y los aldeanos irlandeses han sido colocados á la cabeza de las clases mas fecundas de la raza humana. Podria objetarse á esta observacion la castidad y esterilidad que distinguen á las tribus americanas que viven de la caza; infecundidad asombrosa si se tiene en cuenta el ejercicio muscular que exige su habitual ocupacion; pero este hecho léjos de ser una excepcion comprueba la verdad general que acabamos de sentar, pues estos hombres como los animales de presa, tienen necesidad para atender á su subsistencia de un territorio cien veces mayor que los hombres y animales de costumbres pacíficas, su vida es escesivamente fatigosa y las pocas relaciones sociales que les consiente su estado político, tienden mas bien á reprimir que á cultivar el afecto que recíprocamente pudieran inspirarse. Por otra parte el estado constante de vigilia en que se halla su espíritu, proveniente de las dificultades y peligros á que se ven espuestos de continuo por lo azaroso de su vida habitual, como tambien los frecuentes conflictos que tienen con los salvajes, sus vecinos, dan una fuerza grande y aumentan el poder de las otras causas antagonistas de la funcion de reproduccion.

Mas si es cierta esa simpatía entre determinados órganos del cuerpo humano, es innegable é irrefutable tambien que existe tan marcada antipatia, tan profundo antagonismo entre las funciones del cerebro y las sexuales, que bien puede decirse que el grado de fe-

cuidad está en razón inversa del desenvolvimiento del sistema nervioso y que los animales, cuyo cerebro es grande, son menos fecundos que los que lo tienen más pequeño. Para demostrarlo basta hacer una ligera observación: el bacalao pone un millón de huevos á la vez, mientras que el sagaz y temible tiburón pone muy pocos, y se puede notar que los animales más fecundos ocupan el último grado en la escala, al paso que el elefante, que en virtud de la superioridad de su sistema nervioso y del mayor desarrollo de sus facultades intelectuales se ostenta el menos prolífico de todos, se halla colocado en uno de los primeros.

Lo mismo sucede en la raza humana, los mismos fenómenos se observan y los resultados son idénticos. Mr. Morton lo probó hasta la evidencia por medio de la colección de cráneos humanos, que espuso en Filadelfia en 1849, y para confirmar esta verdad ha venido á prestar ayuda á la ciencia anatómica el análisis químico, que ha patentizado de una manera admirable la exactitud del antagonismo existente entre las mencionadas funciones, sentando el principio de que el excesivo uso de las sexuales trae consigo el aniquilamiento del cerebro, produciendo una enfermedad, que principia con intenso dolor de cabeza, seguido de estupidez, que conduce á la imbecilidad y termina en la demencia. Todo desarrollo de la inteligencia, sea cualquiera el ramo de saber en que se ostente, toda manifestación de la actividad intelectual, sea cualquiera el campo que escoja para brillar, dá por resultado una neutralización, sino una destrucción completa de los efectos provenientes de las funciones sexuales. Y esta verdad, que consigna la razón, la corrobora la historia. Sin remontarnos á épocas lejanas y sin aducir aquí los datos presentados por Addison y Tácito con respecto á la pairía inglesa y al patriciado romano, fijémonos tan solo en lo acontecido en los tiempos modernos. En los Estados-Unidos, dice Carey, el sillón presidencial ha tenido quince ocupantes, de los cuales siete han muerto sin sucesión. Napoleón, Wellington, Pitt, Chaptal, Fourcroy y otros mil nombres distinguidos en ciencias, letras, arte militar y en todos los ramos, en una palabra, del saber humano, desde la época de Malborough y del príncipe Eugenio, han dejado tan pocos descendientes, que probablemente reunidos todos sus sucesores no llegarían á constituir un número igual á la mitad del de sus ilustres progenitores.

Finalmente el mismo Malthus reconoce y confiesa que la actividad intelectual es contraria á la reproducción, así es que hablando de la ciudad de Berna dice: «en esta ciudad desde 1583 hasta 1654 concedió el Soberano Consejo carta de naturaleza á 487 fa-

milias de las cuales 379 se extinguieron en el espacio de dos siglos, no restando más que 108 en 1783. En el período de cien años, que media entre el 1684 y 1784, se han extinguido en Berna 207 familias. Desde 1624 hasta 1712 se concedió la vecindad á 80 familias, y habiendo querido reunir el Soberano Consejo en 1623 á los miembros de 112, resultaron extinguidas 54, no quedando, por lo mismo, más que 58.»

Obsérvese bien la fuerza de los principios que acabamos de probar. El desarrollo de la inteligencia, el adelanto, el progreso de la raza humana produce dos efectos notables y son: primero, evitar el exceso de población, como tenemos demostrado, y segundo, aumentar los productos, destinados á satisfacer las necesidades, en una cantidad extraordinaria, exorbitante é inconcebible casi si no estuviese ante nuestra vista. El porvenir de la sociedad no es pues, como dice Malthus, el vicio y la miseria, resultado del desequilibrio entre población y subsistencias, sino que es por el contrario el goce y el bienestar, efecto del equilibrio entre dichas poblaciones y subsistencias, equilibrio que jamás se hubiera perturbado si los errores del hombre y las ruines pasiones de su corazón no hubiesen venido á destruir en muchas ocasiones los planes del Hacedor. Para pretender lo contrario es preciso negar los hechos, torturar la razón, hacer añicos la historia y decir que el hombre, lejos de ser inteligente, libre y perfectible, es estacionario sino retrógrado. Y ¿es esto cierto? ¿Puede sostenerse de buena fé proposición tan absurda y que combaten de continuo los hechos sociales que tienen lugar cada día?

Pero esta actividad intelectual no solo sirve de obstáculo al exceso de población impidiendo una reproducción excesiva, sino que aparta de la humanidad el caso de la carencia de subsistencias y por lo mismo del hambre con sus horribles consecuencias, pues á medida que se perfecciona la inteligencia y que adelanta la instrucción, dice Mr. Miguel Chevalier, se disminuye para producir el esfuerzo físico, se produce más y más barato, hay aumento de la fuerza productiva del individuo y de la sociedad, que se mide por la mayor cantidad de objetos elaborados, como trigo, hierro, vino, carnes, verduras, algodón, etc., etc.; y si bien aumentan las necesidades ficticias del individuo, el interés personal, ávido de lucro y de ganancia, se afana por descubrir las utilidades, que han de satisfacerlas. La fuerza que adquiere con la instrucción el espíritu humano es la que opera esa maravilla, fuerza que le hace valer mucho más que el vigor de sus músculos, la elasticidad de sus miembros ó la ligereza de sus dedos y que le ha sido otorgada por Dios para que imperase sobre el mundo material. Esta intelligen-

cia le hace penetrar en el arcano de las leyes de la naturaleza, descubrir sus secretos y sorprender sus fuerzas naturales de las que se apodera esclavizándolas á su voluntad y haciéndolas trabajar en su lugar y á su placer; y hé aquí porque las ciencias físicas, químicas y mecánicas, que parecen no tener ningun lazo de union con la economía política, contribuyen á constituir una base sólida para los intereses económicos de la sociedad. ¿Necesitaremos presentar ejemplos que prueben la verdad de cuanto acabamos de decir, que acrediten la certeza de nuestras aseveraciones y que lleven al ánimo el convencimiento de que á medida que el hombre se perfecciona progresando y desenvuelve sus facultades, son mejores y mas baratos los productos de su trabajo? Se están presentando en tropel ante nuestros ojos á cada momento, á cada paso. Se han abaratado y mejorado los viajes, las subsistencias, y hasta los objetos que menos llaman nuestra atencion y que no ha mucho eran peculiares tan solo á las clases mas ricas han llegado, merced á su baratura, á formar parte del patrimonio de la honrada clase jornalera. En el siglo XVI y en el reinado de Enrique II de Valois, nadie tenia en Francia pañuelo de bolsillo; en términos de que los señores mas encopetados de la corte se veian en la necesidad de limpiarse la nariz con la manga del jubon; y merced á los adelantos del cultivo, de la navegacion y de las fábricas de hilados y tejidos, hoy está provisto todo el mundo de mueble tan indispensable. Hace 40 años esportaba Inglaterra un número de piezas de algodón en blanco y pintadas suficiente para dar diez veces vuelta á nuestro planeta, es decir, nueve veces diez mil leguas; y sino se hubiese detenido la llegada de algodones, por consecuencia de la desastrosa guerra civil, que afligió durante 4 años á la patria de Wasinghton, seria hoy esa esportacion cien veces mayor, á juzgar por el incremento que habia adquirido, pues doblaba en cada período de diez años.

Al dirigir, empero, la vista á la Gran Bretaña, al estudiar su estado social y la triste condicion en que se halla sumida la mayor parte de los habitantes de esta nacion, estalla en el pecho un sentimiento de indignacion, se subleva la conciencia y protesta la razon de que tantos crímenes queden impunes merced á las preocupaciones que sostienen la ignorancia y la falta de cultura. Tanta miseria, tanta podredumbre é infortunios tan grandes y repetidos impresionaron el ánimo de Malthus, y en su afan de poner remedio á ellos inventó su panacea encargando á la numerosísima clase proletaria que se abstuviese del matrimonio, que era para ella fruto vedado, pues la Iglesia no habia instituido este sacramento mas que para los

ricos ¡Burla sangrienta y tanto mas irritante cuanto mas desgraciada era la condicion del que la sufría!

La idea de envilecer el precio del trabajo como todas las primeras materias hasta reducir los salarios á lo estrictamente necesario para no morir de hambre, ha sido la que ha dominado en Inglaterra, y para la consecucion de plan tan inícuo se ha procurado que la instruccion fuese escasa, pues de otra suerte era imposible su realizacion. Ciento sesenta mil pequeños propietarios han desaparecido en dicha nacion desde la época de Adam Smith y, centralizado el trabajo en las grandes capitales, se han visto los despojados en la precision de acudir á ellas para proporcionarse con sus brazos los medios necesarios para subsistir. El extraordinario número de operarios que se hallaba en tal deplorable estado, daba lugar á que entre ellos se estableciese una competencia ruinosa, siendo consecuencia inevitable la raquitez del salario. Lo parco y limitado de este impedia al padre de familia sufragar con el los gastos de su casa, y esto ha impulsado á la mujer y á los hijos, aun á los de edad muy temprana, á buscar ocupacion para no perecer estenuados de miseria, viéndose obligados á emplearse en quehaceres, repugnados y desechados por los hombres por considerarlos escesivamente fatigosos. Así es que no es extraño ver á mujeres jóvenes de diez y ocho y veinte años trabajar en las minas completamente desnudas y hay almacenes, en que por un salario exíguo y mezquino se las obliga á trabajar 18 y 20 horas al dia, á una temperatura superior á la de la zona tórrida. Y á pesar de estos esfuerzos para los que no las destinó el Criador, esfuerzos que producen en ellas una fiebre lenta y mortal, que adelgaza su cuerpo, desfigura sus facciones y las conduce prematuramente al sepulcro, muchas de estas infelices, careciendo de medios honestos, con que poder atender á su subsistencia, se echan en brazos de la prostitucion. Hé aquí porqué no es de admirar que ascienda á mas de cincuenta mil el número de mujeres de esta clase, que recorren por las noches las calles de Lóndres buscando un pedazo de pan para no perecer de hambre y deseosas de abandonar tan abominable oficio en el momento mismo en que se las proporcionara un medio honroso de subsistir. Nosotros cometemos, dice un escritor inglés, una falta mas bárbara aun que las que cometen las naciones en las que se permite la poligamia y que consideran á la muger como una miserable mercancía, pues en ellas se la provee por lo menos de abrigo, alimento y vestido, al paso que entre nosotros la mujer es equiparada á un cuadrúpedo sin rodearla de los cuidados de que rodeamos á estos, de suerte que tomamos la peor parte de la civilizacion y la peor de la

barbárie formando con ambas un conjunto heterógeno y repugnante.

Ha desaparecido en dicha nacion, como deciamos hace un momento, la pequeña propiedad en términos de que Inglaterra, Escocia é Irlanda pertenecen á unos pocos privilegiados, y el fruto de esta política ha sido la disminucion de la poblacion en mas de dos terceras partes en Lairg, Loth, Kildonan, Creich y otras poblaciones rurales de Irlanda. Pregúntese, dice Douglas, á que se debe que desde principios de este siglo hayan desaparecido de Sutherlan mas de 15,000 habitantes. No han sido espulsados ni por criminales, ni por perezosos, ni por seguir una conducta inmoral; sino que han sido echados de sus pequeñas propiedades para fundar con ellas grandes cercas y dedicarse los lores con toda comodidad y desahogo á la caza de perdices. Estos son los sacrificios que está costando á su patria esa clase y esa cámara, que tiene un pasado glorioso, pero que es en la actualidad un parásito que, si hace algo, es dificultar la marcha de la civilizacion.

El mismo plan han seguido los ingleses en la India, en cuya península ha sido considerada la educacion desde los tiempos mas remotos como asunto de interés público. Antes de la dominacion inglesa cada pueblo tenia su escuela pública y el padre miraba la educacion de su hijo como un sagrado deber, de cuyo cumplimiento era responsable ante Dios y ante sus conciudadanos, así es que le hacia ingresar en ella desde la edad de cinco años. La ceremonia de presentarle á su maestro y á sus camaradas se cumplia con la solemnidad de un acto religioso, implorando la proteccion de Ganessa, diosa de la sabiduría, para que no le abandonase é hiciese de él un hombre instruido. El estado actual de la instruccion ofrece un contraste horrible, con lo que acabamos de decir. Han desaparecido esos centros locales, encargados de difundir la ilustracion entre las masas, y desde que esto se ha realizado, se han agotado los rendimientos de la tierra, las hambres y las pestes han afligido á la poblacion con frecuencia y con rudeza, y la península está ofreciendo el triste espectáculo de ver á unos pocos escesivamente ricos y á la inmensa mayoría sumidos en la desnudez, en la miseria y en la pobreza mas espantosas. No há muchos dias hemos leído en los periódicos que en el pasado año ha ocasionado en dicho país el hambre mas de un millon de victimas, y que esta pavorosa cifra ha llamado la atencion del gobierno de la metrópoli, de suerte que Mr. Disraeli va á presentar á las cámaras un proyecto de ley para imponer una contribucion extraordinaria á las clases ricas de la India, abrir con su producto trabajos públicos y dar ocupacion á multitud de infelices, que están

pereciendo cada dia de inanicion y de miseria.

La condicion triste y degradada á que se ve condenada la inmensa mayoría de los súbditos ingleses y especialmente el pueblo irlandés, léjos de ser un obstáculo al acrecentamiento de la poblacion es por el contrario un estímulo para su aumento. El hombre que nada tiene, no teme contraer matrimonio, ni le asustan la multitud de obligaciones que dicho estado trae consigo, porque careciendo de instruccion, ni sabe la estension de las mismas ni comprende su intensidad. No sucede lo mismo con el pequeño propietario por insignificante que sea el valor de su propiedad, pues la educacion que ha recibido, el decoro de la familia, la posicion que ocupa en el pueblo de su residencia y otras mil consideraciones difíciles de enumerar, le obligan á pensar y reflexionar seriamente antes de contraer matrimonio sobre un paso que tanta trascendencia puede tener en el decurso de su vida. Cásase aquel sin duda ni vacilacion de especie alguna, dudas y vacilaciones de que no puede desprenderse este último. La mas profunda observacion, dice Saing, que se ha podido hacer sobre la ciencia económica es la de Salomon «la ruina del pobre es su pobreza misma.» Es su pobreza la causa de su multiplicacion escesiva y su multiplicacion escesiva es causa de su pobreza. Poned remedio á esta, haced que el pobre posea, inculcad en la masa entera de las sociedades los gustos, los hábitos y los sentimientos de prevision que acompañan á la posesion, aboliendo las leyes de sucesion que concentran la propiedad en manos de una sola clase privilegiada, difundid la instruccion, y habreis puesto remedio eficaz al esceso de poblacion. Esta enfermedad se ha curado en Francia por sí misma, gracias á la adopcion de doctrina tan saludable, sin que haya habido necesidad de valerse de la prohibicion de contraer matrimonio, impuesta á la clase proletaria, medida recomendada por Malthus, quien deseaba verla predicada por el clero é impuesta como ley por las autoridades locales.

Sí; la instruccion es el único remedio que puede curar los males que afligen á la sociedad, pero no una instruccion centralizada, mezquina y raquítica en extremo, sino una instruccion libre, expansiva y confiada al individuo. El hombre es un sér perfectible, pero libre tambien, y esa libertad debe ostentarse en todos los terrenos, lo mismo en el privado que en el público, en el político que en el administrativo y en el social que en el económico. Es la libertad tan necesaria para la humanidad entera, dice Chevalier, como el muelle real para la máquina de un reloj. No pidais tan solo libertad política, pedidla tambien administrativa y económica. Si llegais á conceder al

Estado poder absoluto en una sola de estas esferas, aunque os reserveis la libertad para las restantes, la ambicion que encierra el corazón humano le impulsará á ser exigente y á procurar á todo trance establecer en las demás el odioso despotismo. Esto es lo que ha acontecido con la enseñanza pública. ¿Quién conoce mejor que el gobierno el interés de los gobernados? esclama el tribuno Riouffe. Y el Estado, llevando á la práctica el principio proclamado por este, fúndase en él para centralizar la instrucción. Conseguido esto, y convertido aquel en árbitro dispensador de la enseñanza, el orden exige reglamentos y leyes de todo género, que equiparan las inteligencias y pretenden reducirlas todas á un mismo nivel, estableciendo de esta suerte un comunismo intelectual, que está luchando con la desigualdad de comprensión de que dotó la naturaleza á todos los hombres, impidiendo brillar al sér á quien plugo á Dios conceder un talento distinguido, pues le hace seguir en su carrera los mismos trámites que al de inteligencia escasa, fomentando con la necesaria holganza del primero los vicios asquerosos y perjudiciales á que tan dada es la juventud, y que toman mas incremento por hallarse los alumnos separados de la protectora égida del padre, pues la estension inconmensurable de nuestras carreras les obliga á separarse desde edad muy temprana, llevando á verdaderos niños á focos de corrupción, de que no pueden apartarse ya que su ninguna experiencia les impide medir la intensidad del abismo á que se encuentran abocados. Con ella se consigna además de una manera tácita, pero no por eso menos expresiva, un privilegio irritante y despreciable en favor de las fortunas pecuniarias, pues los grandes sacrificios de esta clase que exige el comienzo y continuación de las carreras, impide que puedan dedicarse á ellas los desgraciados á quienes no quiso favorecer la suerte, quedando sepultados en el olvido multitud de talentos, que tanta gloria y provecho podían dar á su patria. Dejemos al poder, dice Carlos Dolfus con un sarcasmo inesplicable, el cuidado de enseñar á los hombres despues de haber enseñado á los niños, defendamos, demos mas fuerza aun á la tutela del Estado en todo lo que concierne á la materia y al espíritu, suprimamos á los individuos y anulemos á los gobernados para consolidar mas á los gobiernos. Se pasará entonces sobre todas las inteligencias una misma capa, y la superficie será grata á la mirada, porque reflejará el barniz de una civilización brillante. Pero ¿qué quedará dentro? ¡Ah! no entreis; porque solo hallareis un sepulcro.

BENITO DE ARABIO TORRE.

HOMBRES Y DIOSSES.

DON QUIJOTE.

Las obras como los hombres cambian á veces, y con el tiempo, de fisonomía y de carácter. Admirado mucho tiempo como una obra maestra de pura mofa, el libro de Cervantes nos conmueve hoy como un drama trágico-heróico. Cuanto mas se retira D. Quijote en lo pasado, mas grave y mas simpático se hace. En su grande y triste figura, saludamos la última aparición de la caballería.

¿Es esta metamorfosis una ilusión de óptica ó del tiempo? Me cuesta trabajo comprenderlo. Si D. Quijote no fuera mas que una caricatura, no hubiera ahondado tanto en el afecto de la humanidad. La imaginación humana es en el fondo triste y seria. Entre los seres ficticios, no admite en su intimidad sino á los que la conmueven ó la ennoblecen. Los bufones, cuando tienen génio, son á menudo sus favoritos: como los reyes de la edad media, les concede plena licencia y se complace en su compañía. Mas si logran ser sus favoritos, nunca se hacen sus amigos. Mézclase cierto desden á la jovialidad que inspiran: regocijan el espíritu, provocan carcajadas, pero les sigue cerrado el corazón. La desgracia imprevista que abate al viejo Falstaff no entenece á nadie: Panurgo podría ahogarse con sus carneros sin conmovernos, y la agonía de Scapin, en la comedia de Molière, podría ser real en vez de ser fingida y no entristecería un instante la alegría de sus *artimañas*. ¡D. Quijote por el contrario nos conmueve distrayéndonos; se hace respetar haciéndonos reir, y los burlones mas endurecidos compadecen secretamente sus desgracias.

Y es, que el bravo caballero de la Mancha esconde el alma de un héroe bajo la capa de un loco; que sus actos mas absurdos no son mas que desviaciones de una idea sublime. Proteger á los débiles, castigar á los malvados, enderezar los tuertos, aniquilar los crímenes, ejercer la magistratura de la espada salvadora y vengadora en todos los grandes caminos de la vida humana: tal es el programa de su empresa. Sus quimeras tienen el vuelo de las águilas; su locura se cierne sobre él con alas de Victoria. Su único error es haber nacido con tres siglos de retraso. El misterio caballeresco ha terminado hace tiempo: los moros han vuelto á los bastidores del Africa, los gigantes han recobrado la estatura media de la especie humana; los carros tirados por dragones no son ya mas que

maquinas de lienzo y de carton pintado; y él, solo ya en la escena desierta, con su panaplia desusada, se obstina en seguir un monólogo sin réplicas, y pelea en el vacío contra fantasmas. Paladin exonerado, retrato fabuloso que busca su cuadro en medio de un tiempo histórico, D. Quijote es el anacronismo viviente del Cid y de Bernardo del Carpio.

Despojad sus ilusiones de las formas extravagantes en que las envuelve, y encontrareis las mas altas virtudes. El celo del honor lo devora, la sed de la equidad turba su razon, la fiebre del entusiasmo lo hace delirar. El mundo, para ese cándido y grandioso viejo-niño, se divide en dos zonas rígidamente separadas; de una parte princesas desconsoladas, reinas cautivas, amantes perseguidos y encantados; de la otra colosos ariscos, magos pérfidos, tiranos perversos. No hay término medio, ni medida alguna: el carácter de la vida real, lo desconoce. No concibe el bien sino bajo formas sublimes ó Reales; el mal no se le presenta sino con rostros de bestias ó de mónstruos. Su ideal de la justicia se cierne por encima de las instituciones y de las leyes humanas. Desconoce el alcalde, el alguacil le es extraño, la vara del corregidor le parece una caña irrisoria, y cree que la Santa Hermandad hace una baja concurrencia á la andante caballería. Su idea de un derecho espontáneo y libre, resultante de una inspiracion superior, lo hace hostil á toda magistratura establecida. Como él mismo dice, no tiene «otra ley que su espada, ni otro código que su voluntad». En menos tiempo del que emplea un Kadı turco en dar una sentencia, decide de lo justo y de lo injusto, de la sinrazon y del derecho, de la culpabilidad y de la inocencia de los personajes que encuentra. Como los pájaros del cielo de los augures que, al volar á la derecha ó á la izquierda, juzgaban una causa y zanjaban una duda, los sueños felices ó siniestros que pasan por su imaginacion le hacen condenar ó perdonar á su capricho. Algunas palabras de confesion le bastan para absolver á toda una cuerda de galeotes; fraterniza con los bandidos por odio á la policia regular. El caballero de Dios abraza á los caballeros del diablo por encima de los tribunales y los jueces.

Su amor no es menos arbitrario que su heroismo. Como un escultor que de un pedrusco informe estrae una deidad, D. Quijote, por una operacion de su espíritu saca de una macisa lugareña una belleza celestial. Su personalidad material le importa poco: á decir verdad, no está muy seguro de que ella exista, y muchas veces duda el creador de su criatura. Cuando el Duque le pregunta si Dulcinea es una dama fantástica, «en eso hay mucho que decir», responde D. Qui-

jote; Dios sabe si hay en el mundo Dulcinea, y si es fantástica ó no fantástica. Cosas son estas, señor, que no es bueno examinar á fondo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo en mi espíritu, como conviene que sea una dama, que contenga en sí todas las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo.»

Mas ¿qué falta hace la vida grosera de la carne y de la sangre á ese ídolo de su alma? Como las divinidades, Dulcinea debe subsistir impalpable: la señora de su pensamiento decaeria, convirtiéndose en la esposa de su cuerpo. «Para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso—dice tambien á Sancho,—tanto vale como la mas alta princesa de la tierra..... y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara, ó latina.»

Tal es don Quijote, el ideal encarnado, la abstraccion hecha hombre. Sobre la visera de su grosero casco está escrito este reto al mundo externo: «¿Qué hay de comun entre tú y yo?» La realidad se venga de su desprecio con crueles represalias: hace tropezar en los obstáculos mas viles sus ímpetus mas arrogantes; convierte en polvo sus mas bellas alucinaciones: todos sus sueños abortan; todas sus visiones se afean y desfiguran. Toma una sórdida venta por un palacio magnífico, y á la asquerosa Maritornes por una sultana relumbrante. Todas sus hazañas terminan en cascabeladas: conquista una vacía de barbero; provoca molinos de viento; decapita odres; destroza títeres; derrota á frailes y monaguillos. El peligro, cuando es sério, no le hace caso: los leones cuya jaula abre le vuelven desdeñosamente la espalda: el rio en que se arroja, escupe sobre él y lo rechaza á la ribera: los toros lo pisotean sin tocarlo con sus cuernos. «¡Vé á hacer acuchillarte á otra parte!», parece que le dicen todos los séres y las cosas que provoca. La fatalidad replica á sus lanzadas con bastonazos: busca emíres y encuentra arrieros; las cimitarras árabes que ve brillar se quiebran sobre su cabeza á cogotazos; busca heridas y recibe golpes. Siempre molido, nunca descuartizado; consagrado á las bismas, le están prohibidas las hilas. Esto no basta: sembrando beneficios insensatos, recoge una merecida ingratitud. Las falsas víctimas á quienes se sacrifica, se vuelven contra él con irritado rostro. El muchacho á quien libra de los azotes de su amo, lo abruma á injurias; los galeotes cuya cadena acaba de romper, lo ahuyentan á pedradas; viola un funeral, creyendo salvar un cauti-

vo. Solo durante una hora se mantéa á Sancho; de un punto al otro de su cruzada, don Quijote salta detrás de lo sublime y cae de plano sobre lo ridículo.

Y no obstante, el caballero de la Mancha permanece noble y grande en medio de las decepciones que lo abruma: acribillado á ridiculeces, es invulnerable al desprecio. Todo miente á su redor, excepto su ánimo. Si sus aventuras son apócrifas, su intrepidez es real: si el peligro lo chasquea, no es culpa suya. Hubieran sido gigantes los molinos y ejército pagano el rebaño de carneros, no por eso hubiera él dejado de caer sobre ellos, lanza en ristre. Báñase en la sangre de los odres, con el heroico furor de un adalid del *Romancero*; cae en el piso de un desvan tan grandiosamente como caería en un campo de batalla. Cuando en el momento de echarse en el chis-chas de lanzas que ha creído oír, se encuentra delante de los mazos del batán, Sancho suelta una carcajada; pero don Quijote, pegándole con su lanza, «Venid acá, señor alegre,—dice—¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no habria yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sonos y saber cuales son de batanes ó no?»

Por lo demás, su locura no es mas que una monomanía: una sola hendidura, heroica como la muesca de una espada, cala su cerebro. Fuera de su idea fija, don Quijote es el mas sabio y el mas elocuente de los hombres. ¡Qué superior razon y qué grandeza de alma en los consejos que da á Sancho para el gobierno de su ínsula! ¡Qué exquisito criterio en sus disertaciones literarias! Podria enseñar á los mas sutiles humanistas de Madrid y Salamanca. Su discurso sobre las armas y las letras recuerda aquel «discurso armado», *sermo galeatus*, de que habla S. Gerónimo. Plática del amor con la sutileza ingeniosa de un trovador provenzal. Su cortesanía es incomparable: ese hidalgo de gotera, degradado por la malicia de la suerte al nivel de pastores y de arrieros, seria digno de arreglar á reyes y de galantear á infantas. Hay grandilocuencia en su lenguaje: su palabra es un perpétuo *sursum corda*. Alguna de sus exhortaciones á Sancho resuena como la llamada de un clarín guerrero: algunos de sus saludos á un huésped respiran el noble énfasis de la hospitalidad oriental. Cuando recibe al Oidor en los umbrales de la venta, cualquiera creeria que es un califa abriendo á un príncipe las puertas de su alcázar. El lenguaje que usa con la duquesa mezcla á las hipérboles de la poesía árabe los exquisitos refinamientos de la galantería. Su urbanidad no se desmiente ni aun con los rústicos y las fregonas con

que trata: toca sin mancharse sus andrajos y sus trivialidades. Desde que entra en ellos, toman cierto aire de corte los tugurios. Se sienta en las mesas inmundas que se le disponen, tan magestuosamente como ocuparia su sitio en la *Tabla-redonda*. Llama «Vuestra Gracia» á un capitán de bandoleros, y «alta y hermosísima señora» á Maritornes. Todas las mujeres son iguales ante su respeto; todos los hombres son iguales ante su bondad. Ese caballero loco, es un cumplido caballero.

No de un solo golpe llegó Cervantes á la perfeccion de semejante tipo. Siéntese que lo concibió en una carcajada y que lo terminó con una sonrisa lastimera. En la primera parte del libro, el poeta maltrata cruelmente á su héroe; le arrastra en pendeencias innobles; le impone indignos tratamientos. Si nunca altera su pureza moral, lo mancha físicamente. Dan deseos de desgarrar la página en que D. Quijote y Sancho vomitan uno sobre otro el antídoto infecto que acaban de tomar: el libro queda salpicado de él. Pero muy pronto el artista se prendó de la creacion, y la depuró y la perfeccionó en todos sentidos. Cuanto mas adelante en su romántica campaña, mas crece don Quijote en honor; en magnanimidad y en justicia. Bórranse por grados los rasgos burlescos que atormentan su nobilísimo perfil: sus intervalos lúcidos se aproximan: dias enteros pasan sin accesos. En esos momentos os pareceria ver á Alfonso el Sabio recorriendo la tierra de Castilla, para reformar las leyes y pronunciar sentencias.

El mismo Sancho se desvasta á fuerza de arrastrar detrás de D. Quijote sus cortas piernas y su abultada panza. Como la arcilla del poeta persa, viviendo al lado de esa alta flor de elegancia y de caballería, concluye por impregnarse en su perfume. Su recto sentido rústico se une sin desigualdad á la idealidad de su amo, y de esta mezcla salen diálogos de una sabiduría incomparable. Desde la segunda parte del poema, decrecen visiblemente la glotonería y la grosería de Sancho; su adhesión á su amo se fortalece con los golpes y se purifica con los ayunos. Lo ama por su misma locura cuya grandeza percibe vagamente. El criado codicioso se transforma en escudero desinteresado y fiel. «Conozco,—dice él á la duquesa,—que si yo fuera discreto, dias ha que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas; seguirle tengo: somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon.»

La ínsula prometida llega al cabo, y cuando San-

cho la ocupa, su educación está hecha: la bestia se ha convertido en hombre: una partícula del alma de D. Quijote anima desde entonces su basta naturaleza: Sancho juzga como Salomón y como Horoun-al-Raschid, y la sabiduría de Oriente habla por su boca.

La simpatía creciente que inspira D. Quijote redobla la piedad que escitan los chascos que le dan. Los yangüeses que lo apalean están en su derecho, puesto que los ataca; pero los ingeniosos y los grandes señores que lo escarnecen con el único fin de divertirse, sublevan el corazón. Ese populacho vestido de seda cae por debajo del populacho andrajoso. Indigna ver al caballero encerrado en una jaula, como un animal que se enseña en la feria, por un cura pedante y un barbero chistoso. Se desprecia á ese duque y á esa duquesa hipócritas que lo atraen á su castillo para entregarlo á las risotadas de las dueñas, á las malicias de las camareras y á los chistes de los lacayos. La parte más dolorosa del libro es sin duda aquella en que D. Quijote sirve de juguete á esos aguiluchos de provincia que lo ponen en escena como un gracioso. Se recuerda á Sansón llamado ante los filisteos «para que los hiciera reír,» y aplastándolos bajo las ruinas de su templo. — «Sansón dijo: ¡Muera yo con todos los filisteos! Se inclinó con fuerza: el edificio cayó sobre los príncipes y sobre todo el pueblo que allí estaba, y los que mató al morir eran más numerosos que los que había hecho morir durante su vida.» Como la fuerza volvió, en aquel momento, al Juez de Israel, querríase que el héroe de la Mancha recobrara entonces su razón y que cayera espada en mano sobre los *filisteos* que lo escarnecen, como hace, con menos razón, sobre los muñecos de maese Pedro.

Por lo demás, Cervantes ha castigado á la duquesa por su conducta para con D. Quijote. Cuando ella, al caer de la tarde, montada en la blanca hacanea, con el azor en la mano, y semejante á «la misma bizzarria,» se presenta en el libro, hechiza y deslumbra. Pero la indiscreción de una dueña nos revela que esta Diana cazadora tiene dos fuentes en las piernas, y D. Quijote es vengado. ¡Qué melancólico desenlace termina la arriesgada odisea! D. Quijote ha sido vencido por el bachiller disfrazado de caballero de la Blanca Luna: para cumplir las condiciones del combate, debe volver á su aldea y renunciar á la caballería. Pero su alma se rompe con su espada: al abdicar su sueño, se despidе de la vida. «¡Adios!—podría él exclamar con el Otelo de Shakespeare,—ahora, para siempre adios á las tropas empenachadas á las grandes guerras que hacen de la ambición una virtud. ¡Ah! ¡adios al corcel que relincha y á la estridente trompa! ¡Adios, á la bandera real y á toda la belleza, el orgullo, la pom-

pa y el aparato de la guerra gloriosa! ¡Adios! la obra de D. Quijote ha terminado.» Su obra, con efecto, ha terminado. Exonerado de su misión ideal, D. Quijote debe morir. Con su armadura se quita su arrogancia; se arrastra por los caminos que poco antes recorria con la actitud de un señor de horca y cuchillo. De caballero andante, hélo convertido, como él dice, en «escudero pedestre. Ahora bien, D. Quijote, desmontado de Rocinante, es un centauro mutilado. Los puercos le pasan por encima sin irritarlo.» Déjalos estar, amigo,—dice á Sancho que quiere acuchillarlos,—que esta afrenta es pena de mi pecado y justo castigo del cielo es que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos.» La disminución de su tortura es el presagio de su fin cercano: ya no toma las ventas por castillos: ¡síntoma funesto! ¡*malum signum!* ¡*malum signum!* como dice él entre dientes, cuando al reentrar en su aldea lo hiere en el corazón este grito de un muchacho: «¡Te juro que no volverás á verla!» Así Dante, en la *Vita nuova*, vé en sueños sombras desconsoladas que pasan gritando: «¡Tu admirable dama ha salido de este siglo!» Por diferente que sea su estructura, los grandes libros, como las montañas tienen de esos ecos que se contestan al través de los siglos. Dulcinea y Beatriz, bajo formas diversas, son hijas del mismo sueño, fantasmas del mismo ideal.

«Está bien, silencio, hijas mías,» responde D. Quijote á la acojida bulliciosa que le hacen su sobrina y el ama: «Llevadme al lecho, que no me siento bien.» Se duerme, y al despertarse despierta también del sueño de su vida. Curado de su locura, cae en seguida mortalmente enfermo. El somnábulo á quien despierta un sobresalto, se desliza del tejado por donde alas invisibles lo llevaban, y se estrella contra el empedrado ó contra el suelo. Así D. Quijote, precipitado desde lo alto de sus visiones al mundo real, no sobrevive á su caída. El entusiasmo era el aceite que alimentaba su cuerpo desecado: en el momento en que le falta, espira. La mofa que lo ha perseguido durante toda su vida, no lo suelta en su lecho de muerte. El cura y el bachiller quieren todavía chasquear su última hora con las visiones de la caballería: pero D. Quijote les tapa la boca con una dulce firmeza: «Déjense burlas á parte, y traiganme un confesor que me confiese... Vámonos, señores, poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fui loco y ya soy cuerdo; fui D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.»

Y entrega su grande alma á la Razon, que le vuelve bajo las facciones severas de la Muerte, como entregaria su espada á un enemigo victorioso.

En la Grecia antigua, cada isla, cada comarca tenía un dios especial, guerrero ó rústico, agrícola ó marítimo, hecho á la imágen del país y modelado sobre el carácter de sus habitantes. Esta divinidad indígena lo llenaba con su presencia y con su influjo. Sus estátuas surgían á cada recodo del camino, sobre cada eminencia de colina: su leyenda estaba mezclada á la historia, sus oráculos llenaban los antros, en todas partes se respiraba su aliento en el aire.

Ideal é imaginario como los dioses de la Grecia, D. Quijote como ellos, ha tomado posesion del país que lo engendró; se ha hecho el génio del lugar. Su largo espectro no abandona al viajero que recorre las dos Castillas y la Mancha. La aridez de las pardas llanuras recuerda su flacura: el áspero perfil de las rocas que erizan el estrecho sendero de las Sierras reproduce vagamente su anguloso rostro: la España y D. Quijote parecen calcados uno sobre otro. Se espera verlo salir de cada nube de polvo, en pié sobre los estribos de su caballo trashijado: no hay un molino que, al mover sus aspas, no parezca retarlo. Por la tarde, se busca su lanza en los rincones oscuros de la posada, en donde hurañas maritornes os sirven el jamon rancio y el vino oliendo á cuero que regocijan sus sobrias comidas: se cree reconocer su estrambótico perfil en las sombras que traza en la pared el candil fumoso; y parece que, al separar las cortinas de serga del lecho destrozado á donde os conduce vuestra hospedera, vais á encontrar incorporado en la cama á D. Quijote, fija la vista, erizado el mostacho, vendado el rostro, embozado en su frazada de pliegues de mortaja, tal cual se apareció á doña Rodriguez, ó mas bien, tal cual reposa el campeador sobre su escaño sepulcral.

«En Sant Pedro de Cardena,
está el Cid embalsamado,
el vencedor no vencido
de moros ni de cristianos.

Por mando del rey Alfonso,
en su escaño está sentado,
su noble y fuerte persona
de vestidos arreado.

Descubierto tiene el rostro
de gran gravedad dotado:
su blanca barba crecida,
como de hombre estimado.

La buena espada tizona
puesta la tiene á su lado:
no parece que está muerto
sino vivo y muy honrado.» (1).

PAUL DE SAINT-VÍCTOR.

EL PRÍNCIPE D. CARLOS DE AUSTRIA.

La última ópera de Verdi ha vuelto á suscitar los problemas históricos que se refieren al príncipe don Carlos. Estraño destino en verdad el de este jóven. Enfermizo y contrahecho, ha pasado en la creencia vulgar de la posteridad como el tipo de la robustez y de la hermosura; voluntarioso y cruel, como el mártir de la bondad y de la misericordia; incapaz quizá de amar, como la víctima del amor mas puro y desdichado: la leyenda ha querido transfigurarle y esta brillantísima transfiguracion, es mas poderosa que la verdad y mas creida que la historia. Cuesta trabajo clavar el despiadado instrumento de la crítica en tales creaciones de la poesia. Hay siempre una profanacion artística como en la destruccion de una estátua. El génio por excelencia práctico del antiguo mundo, Aristoteles, ha dicho una sentencia que parece caída de la pluma de Platon: «la poesia es mas verdadera que la historia.» Jamás la poesia, sin embargo, pugnó tanto con la historia como en este desdichadísimo hijo de Felipe II.

El pincel nos ha dejado de D. Carlos, casi niño, un retrato que acusa la enfermiza complexion del Príncipe. Vestido ricamente con ropilla de aureo tisú, gola de flamencos, encages, cinturon de preciosas piedras, acero toledano al lado, manto de terciopelo con armiño sobre los hombros, y en la cabeza rica gorra de la cual caen blancas plumas; entre tantos ornamentos, su cara infantil, pálida, linfática, su piel casi rugosa, sus mortecinos ojos de azul claro, sus descoloridos lábios y sus estrechos hombros, denuncian una de esas pobres naturalezas que parecen haber venido á la vida como engendradas por la muerte. Los que rodearon en su tiempo al Príncipe D. Carlos nos confirman con irrefragables pruebas en este juicio. Tiepolo, embajador de Venecia en Madrid, dice: «Es contrahecho, feo, bien que blanco y rubio, la espalda corcovada, las piernas desiguales.» Jorge Vaulx embajador de Francia escribe, hablando de un casamiento proyectado para el Príncipe: «triste cosa es que la princesa de Bohemia haya de enlazarse con un príncipe de tan repugnante figura.» A esto debe unirse una terciaria tenacísima que empobrecia su sangre, y exacerbaba su cerebro, habiendo pasado á crearle casi un segundo temperamento, ocasionado á la postracion de la cual no salia sino para entregarse á la violencia. «Ya habeis entendido, dice en carta á D. Cristóbal Eraso Felipe II, la poca salud que tiene el príncipe mi hijo, y cuanto tiempo há que le dura la cuartana, la cual le

(1) Romancero general.—Romance 905 — Anónimo.

tiene tan flaco y fatigado.» Para mayor desdicha, estando en Alcalá, á fin de curarse la cuartana, cayó por una oscura escalerilla del monasterio de S. Francisco y dióse golpe tal en la cabeza, que se vió en trance de muerte, y su salvacion se atribuyó á milagro, sin que nunca sanara enteramente.

En cuanto al carácter moral, en conciencia, se debe decir que la fealdad no es tan pronunciada, si bien merece los dos calificativos de voluntarioso, que lo fué por inclinacion, y de cruel que lo fué tal vez á causa de tristísimos ejemplos. Su nacimiento costó la vida á su madre. En sus primeros años creció sin el abrigo de los sentimientos de familia, tan necesarios al corazón de los niños, como el calor de las maternales alas á los nidos del campo. Muerta su madre, en guerra su abuelo, en el trono de Inglaterra su padre, en Portugal su tia, la razon de Estado, ahogó (propia ley de las monarquías absolutas) la voz de la naturaleza. Y sin embargo, era amante de su familia. Cuando Carlos V volvía de Alemania para encerrarse en Yuste, la impaciencia del nieto por abrazarle era inmensa. Cuando la regente doña Juana, tia del príncipe, partió para Portugal, el dolor de su sobrino fué intensísimo y abundantes las lágrimas. Cuando el rey nombró á don Juan de Austria almirante, dióle D. Carlos las gracias, como si en él personalmente, hubiese recaído tal merced. Escribió repetidas cartas al Papa en demanda de la dignidad Cardenalicia para su maestro el eminentísimo en letras Onorato Juan, á quien amaba tiernamente. Y como el doctor Suarez, alcalde de su corte no pudiera casar sus hijas por pobres, dióle siendo niño, una cédula, que decía á la letra. «Os daré á vos el doctor Suarez mi grandísimo amigo, diez mil ducados para cuando pudiere, para casamiento de vuestras hijas.» Tiepolo decía de él, como grande observador á la veneciana «E pietoso á poveri, dandone segno con eleemosina.» Adoptó algunos hijos de campesinos. A la generosidad del corazón, unía la sinceridad de la conciencia. El sentimiento, se le dibujaba en los labios, la idea en la mirada, la palabra parecía en él, como un eco de las interioridades de su ánimo.

«Era por todo extremo muy amigo de la verdad» dice Salazar de Mendoza. Tal amor acaso engendró en él, como si fuera un hombre superior á su tiempo, el menosprecio por toda aristocracia. El admirable Huar-te pone en sus labios las siguientes palabras; «porque mi sangre real contando dende mi, y luego mi padre y tras él mi abuelo, y así los demás por su orden se viene á acabar en Pelayo, á quien, por muerte del rey don Rodrigo, lo eligieron rey, no lo siendo. Si así contásemos vuestro linage ¿no vendríamos á parar en uno que no fuese hidalgo?»

Lástima grande que todas estas calidades se eclipsasen por imperdonables faltas. Su mayordomo don García de Toledo se le quejaba ya al Emperador Carlos V, cuando el príncipe estaba en la niñez, de su poca aplicacion y disciplina: «No va tan adelante como yo querria; no hacen mis palabras ni la disciplina el efecto que debian.» Onorato Juan, su maestro, dice á Carlos V poco mas ó menos lo mismo. «Pésame que no aproveche este tanto como yo deseo..... pésame en el alma, que el aprovechamiento de S. A. no sea al respecto de como comenzó y fué en los primeros años.» De vez en cuando su carácter daba muestras de nativa crueldad. Si iba de caza y cogía liebres vivas, gozábase en estrangularlas y en sentir las palpitations de la agonía entre sus manos. A veces quemaba vivos los pobres pajarillos caidos en sus redes. Por 1568, como se acercase un jubileo, reunió varios sacerdotes para decirles que no podia confesar ni comulgar, porque guardaba un horrible odio en sus entrañas, odio cada día mas vivo, un odio inextinguible. Su glotonería era excesiva. Guillermo el Taciturno, á quien no se puede tachar de ligero, ni de enemigo de D. Carlos, cuenta que le vió caer enfermo á consecuencia de haberse comido, de una asentada, como diría Sancho, cuatro libras de uvas, y diez y seis de otras varias frutas. No solo se escedía en los placeres de la mesa, sino que á manera de Neron agradábale ir en correrías nocturnas por las oscuras calles de Madrid, de pendencia en pendencia, apedreando las ventanas, persiguiendo á los transeuntes. Cierta noche le arrojaron desde un balcon los vecinos molestados, unas gotas de agua. Don Carlos mandó quemar la casa y pasar á cuchillo los habitantes. Para disuadirle fué necesario fingir que dentro habia una moribunda recibiendo el Viático. Cuando el tiempo, las enfermedades ó la vigilancia del rey, no le permitian salir á la calle, se daba al juego y por tal inclinacion contraía deudas sino enormes en cantidad, muchas en número. El teatro era otro de sus placeres. Todavía en su tiempo el teatro andaba errante, sin que lo hubiera fijado en las entrañas de nuestro suelo, el inmortal arquitecto de la escena española que se llamó Lope de Vega, el monstruo de la fecundidad y la originalidad. El gran inquisidor Espinosa prohibió el teatro, y al cómico Cisneros ir á distraer con sus farsas al Príncipe. Encontró éste al que tal disgusto le causara y le insultó diciéndole: «Por vida de mi padre, que os he de matar.» El mismo D. García de Toledo se vió en grande apuro, yendo de caza, para salvarse de la furia de D. Carlos, y bien puede decirse que debió la vida á la ligereza de su caballo. Coció el cuero de unas botas para dárselas á comer á un zapatero que no le sirviera á su gusto.

Intentó arrojar á Osorio, que era muy su amigo, por una ventana.

Todo esto es verdad, pero en todo esto nota el historiador acostumbrado á profundizar psicológicamente los personajes históricos, un principio de irresponsabilidad, que radica en un asomo de demencia. El poder absoluto, no contrariado por ningun obstáculo no contradicho por ninguna crítica, engendra en ciertas razas un soberbio endiosamiento que llega á rayar en locura. En las grandes alturas de la sociedad, se vive tan difícilmente como en las grandes alturas del globo. También sobre las eminencias sociales, reina el hielo eterno, y el silencio, y la soledad y la muerte. La familia de los Austrias había vinculado en sí con la mayor corona del mundo ciertas demencias hereditarias. Doña Juana, madre de Carlos V, ha pasado á la posteridad con el apellido de loca. Los Duques de Borgoña, antecesores de Carlos V, dieron, con especialidad en los últimos tiempos de su genealogía, mil muestras de locura. La torva melancolía del monomaniaco, llevó á Carlos V, desde la fuga de Inspruk al retiro Yuste. Su hija doña Juana jamás quería mostrar el rostro, y siendo regente de España, recibía á los embajadores con tupido velo y se encerraba siempre en un silencio sepulcral, en una soledad monástica. De esta hija de Carlos V, de esta hermana de Felipe II, fué hijo D. Sebastian, aquel D. Quijote coronado, que por conservar el espíritu de la caballería ya casi extinto, fué á enterrarse y á enterrar consigo su glorioso reino en los arenales de Africa. Y cuando entramos en el aposento que habitara Felipe II, en el Escorial; cuando medimos aquel estrecho recinto que parece un nicho fabricado para un cadáver, en uno de los edificios mas grandes que han levantado los hombres; cuando observamos aquel tosco sillón, manchado aun con el pus de las llagas; aquella pequeña papelera donde se contenian los secretos mas pavorosos de la historia; aquellas gruesas paredes al través de las cuales apenas penetran la luz del dia y los acentos de los coros y de los órganos; creemos que un monge lleno de ascetismos, entregado al cilicio y á la penitencia, lleva sobre su cogulla el peso de la tierra. ¿Qué mucho, pues, si todas estas escentricidades se repiten, como una funesta herencia, en el príncipe D. Carlos?

Este dechado del amor; este cumplido caballero por el cual todas las almas generosas han derramado tantas lágrimas, al leer los magníficos versos de Quintana al Panteon del Escorial, á las arrebatadas escenas de Schiller; este amante dos veces burlado por su mismo padre, el cual se casó con dos princesas que le habían sido destinadas; especialmente con aquella Isabel de Valois, modelo de ternura y de belleza,

á la cual había D. Carlos amado con delirio y de la cual en vez de esposo había sido hijo; este gentil amante del drama y de la leyenda, según todos los indicios históricos, estaba imposibilitado de amar. «Se le ha creído por mucho tiempo sobradamente casto.» decía con alta ironía el agudo Tiepolo. La familia real temía en el príncipe una incapacidad absoluta como la que la historia presume en Carlos II ó Enrique IV. El secretario del Rey escribe en 1562 á Martin de Guzman enviado del Emperador de Austria á Madrid, «no muestra el príncipe los síntomas que de ordinario se anuncian en su edad.» Felipe II á la sazón retardaba el matrimonio de D. Carlos por vivas dudas sobre su virilidad. Algunos años mas tarde, el embajador de Francia escribía muy crudamente á su córte: «No obstante las recetas que tres médicos le han hecho tragar para hacerle capaz de matrimonio, es tiempo perdido, porque jamás tendrá hijos. Y eso, añade en otro lugar, que cada uno de los médicos se embolsa mil escudos de renta.» Mr. de Moug, que ha escrito un excelente libro titulado, «D. Carlos y Felipe II», en el cual ha reunido con método y claridad los mas importantes documentos relativos á este misterioso asunto, estudiándolo con gran cuidado y no decidiéndose nunca á afirmar sino con mucho pulso, exclama «Yo estoy persuadido de que D. Carlos no ha sido jamás completamente hombre.» Solo así pueden concebirse las dudas que asaltan á Felipe II cuando trata de casarlo con María Estuardo viuda de Francisco II de Francia, á fin de que sentada ésta sobre el trono de Inglaterra, y Carlos sobre el trono de España, puedan realizar lo que él no pudo realizar en su matrimonio con María Tudor; la destrucción del protestantismo en su isla predilecta, desde la cual, resguardado por las embravecidas olas, enviaba á los cuatro vientos su espíritu y su idea. El mismo Felipe II aseguraba que no podía concluir tal casamiento, sino se cercioraba antes de que la salud de su hijo le daría todos los frutos que del casamiento esperaba.

Así es que históricamente no pueden afirmarse los amores de Isabel de Valois con D. Carlos de Austria. Aunque le estuviera destinada la princesa, era uno de esos casamientos reales que la política anula. Don Carlos tenía catorce años cuando Isabel llegó á España y su figura no era atractiva como hemos visto, y la fiebre le devoraba. En cambio Felipe II tenía treinta y tres años y estaba en la flor de su edad. Su figura era muy apuesta, pues aun no la afeaba aquella lividez que le dieron las enfermedades y los años. Hay entre el Felipe II de la juventud, y el Felipe II de la vejez, la misma diferencia que entre un cuadro del Ticiano y un cuadro de Pantoja, ambos á dos gran-

des pintores, ambos retratistas de Felipe II; el primero de su niñez y el segundo de su ancianidad; alegre el Ticiano como el amor y como la esperanza de los primeros días del siglo décimo sexto, risueño como las olas del Adriático, ese mar del arte y de la vida; tétrico Pantoja, como la desesperación y el desaliento de fines del siglo décimo sexto, sombrío como los riscos del Escorial, esa tumba de los reyes y de los pueblos. Perdida de amor por el rey Felipe había muerto su segunda mujer, la reina de Inglaterra que hasta la edad madura y después del casamiento con su sobrino joven y apuestísimo, no sintiera el amor que parecía haberse apagado en las hijas de Enrique VIII; la una oponiendo resistencia al matrimonio por largo tiempo, la otra, aunque bastante débil en amorosos achaques, pretendiendo una gran fortaleza contra el amor y llamándose así misma con bien escaso fundamento la Reina Virgen.

En cuanto á Isabel de Valois, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, nacida en el Louvre, criada bajo la inspección de aquella Diana de Poitiers que resucitaba la Diana mitológica en los perfumados jardines del Renacimiento; habituada á la corte donde sonaba continuamente la música italiana y Jean Goujon esculpía sus seductoras estatuas, y cantaba Brantome y sonreía María Estuardo, su figura en el tétrico Escorial, donde apenas había reinado, cuando se convirtió su trono en un sepulcro, es como una violeta entre la nieve, como la canción que resuena en la cárcel, como el rayo de luna que atraviesa un momento el velo de sombrías nubes. D. Carlos la amó; pero como la amaron todos cuantos la vieron. Prenda de paz entre dos naciones, lo había comprendido Isabel así de tal suerte, que aparece en aquellos tristes días del siglo décimo sexto como una hermana de la caridad en medio de dos ejércitos. A los veinte y cuatro años murió, y con razón dijo un poeta que se podía prometer la felicidad.

«Al que viera en tu faz pura y hermosa
Cual vimos todos mientras quiso el cielo,
El blanco lirio y la púrpura rosa.»

Esta es la verdad histórica y sin embargo la vence la verdad poética. Del D. Carlos histórico, separará la vista el mundo como la separa de un cadáver corroido por los gusanos exhalando el hedor de la putrefacción y la fijará eternamente en el D. Carlos que han encerrado Schiller y Quintana en el mármol de su arte. D. Carlos de Austria é Isabel de Valois marchan juntos por el mundo, apoyados el uno en el otro, confundidas sus almas y sus alientos, como Francesca de Rimini y su amante esculpidos en el bronce de los tercetos del Dante. Para el mundo, el rey Felipe ha libado en los

labios de Isabel la felicidad que el cielo reservara á su hijo. Sus archivos, podrán decir toda la verdad histórica; pero sus archivos no vivirán mas que el buril con que inmortales escultores han grabado la imagen de D. Carlos en la conciencia humana. El hijo que Felipe mató, vive lleno de luz en el arte, en un templo mas duradero que las piedras del Escorial. Isabel es una flor que su mano huesosa arrancó del tallo, donde la había erguido alegre primavera; es una estrella que su aliento letal borró del cielo. D. Carlos tiene un proceso que nadie lee. Pero muchedumbres ébrias de entusiasmo, le ven pasar ante sus ojos como un cumplido caballero, como un amante tierno, como una esperanza malograda de la libertad y de la patria, como el defensor generoso de mil víctimas, como el Isaac sacrificado, no á la voluntad de Dios, sino á las implacables furias del infierno. Bien podeis aglomerar manuscrito sobre manuscrito, prueba sobre prueba; que no lograreis matar al D. Carlos vivificado por la poesía. No sé qué crítica histórica, ha borrado á Numma de las llanuras de Roma y todas las generaciones siguen buscando la caverna donde resonaba la voz de su Egeria. No sé qué autor, ha pretendido ver solo una leyenda en la vida de Guillermo Tell, semejante á otra leyenda que los dinamarqueses salvajes del siglo décimo, contaban á sus hijos en sus grutas de hielo. Y todavía cuando bogais por el lago de los cuatro cantones, la figura que precede vuestra barca, la sombra que se dibuja entre las selvas, la voz que se levanta de los abismos, la vibración que suena en los pinos; es la figura, la sombra, la voz, el eco de aquel cazador inmortal que vivirá tanto como las montañas y la libertad de Suiza. Cualquiera que sea la realidad histórica, en las leyendas y en la música, D. Carlos vive y nadie podrá secar las lágrimas que el mundo vierte en holocausto de sus desgracias. Ved ahí la justicia de Dios centelleando en la historia. La tiranía es impotente. Cuando cree castigar, immortaliza; cuando cree matar, vivifica.

FIDELIO.

LA NIÑA Y LA FLOR.

«Triste, muy triste es tu vida
Aunque brilles sin rival,
Pobre flor! aquí nacida
En arenoso erial.»

«En vano su rayo de oro
Te dá el matutino albor,
Si no te arrulla canoro
El trino del ruiseñor.»

«Si triste, lánguida y sola
Creces en talle gentil,
Sin que bese tu corola
El aura blanda y sutil.»

«Si aquí la lluvia te niega
Su consuelo bienhechor,
Y tu áureo cáliz se pliega
Al peso de estivo ardor.»

«¿Porqué tus lindos colores,
Orgullo y gala de Abril,
No brillan entre las flores,
Que nacen en el pensil?»

«¿Porqué tus matices bellos
Que envidiára el arrebol,
Han de apagar los destellos
De ese limpio ardiente sol?»

«¡Ay flor! si la suerte esquiva
Oculta aquí tu primor,
Quiero burlar compasiva
Su inmerecido rigor.»

«Te prenderé en mi cabeza,
Que en ella ha de armonizar
Tu simpática tristeza
Con mi doliente pesar.»

«Tambien yo vivo abatida;
Soy tu hermana en el sufrir;
Miro en tu vida mi vida;
Y solo puedo gemir.»

«Y cuento cual tú las horas
De lágrimas y dolor
Por penas tan punzadoras
Como tus espinas, flor.»

«Vámonos ¡ay! del desierto,
Me asusta esta soledad;
Mi corazón no está muerto
Y ansia la felicidad.»

«Si iguales en desventura
Hemos vivido hasta aquí,
Yo quiero darte ventura
Y pedirle para mí.»

Como un ángel era hermosa
La niña que así exclamó
Ante una flor primorosa
Que en el desierto encontró.

De su ternura al exceso,
Con sencilla candidez,
La dió un beso y otro beso,
Sonriéndola despues.

Al fin la troncha; y el cuello
Inclinando seductor,
La prende entre su cabello...
¡Feliz mil veces la flor!

A. G. L.

ODA.

AL SUPREMO.

¡Oh tú! rey de la alteza,
Señor supremo, Dios omnipotente,
Si de mortal crudeza
Mi espíritu doliente
Llenaste, con amor y pena ardiente;
Si la flor hechicera
De mi dicha quisiste, oh Dios santo,
Que marchita cayera
Al soplo, con espanto,
Del feroz huracan del desencanto,
Fortifica mi mente
Con la celeste voz de tu concierto,
Líbrame, Dios clemente,
Del precipicio cierto
Que so mi débil planta miro abierto.

La fiera, cruda herida
Con tino va manando gota á gota.
Desventura homicida
Mi corazón azota,
La pira de mi fé dejando rota.

Señor omnipotente:
En tu justicia fundo mi esperanza,
Acórreme clemente,
Inclina la balanza
Y adore yo tu gloria y tu pujanza.

Z.

MADRIGALES.

I.

A Lida.

¿Preguntas, Lida, agora
Si te quiere mi pecho? ¡Ah! me da enojos
Tal pregunta. ¿La llama que devora
Mi corazón, no viste ya en mis ojos?
Si por tí amo la vida,
¿Como á tí no he de amarte, ingrata Lida?

II.

A una rosa.

¿Qué murmullos son esos ¡oh flor pura!

Que al contemplarte escucho allá en el alma?

¿De do sale ese canto de ventura

Que me torna á la calma?

¿Me cuentas tu hermosura?

¿El divino matiz de tus colores?

¿Tu pureza y olores?

No, no, rosa hechicera,

Que me hablaste de amores;

Para mí no eres flor, sí mensajera.

Has dormido en el seno de mi diosa;

Te ofuscaron sus labios.....

¡Oh! no temas agravios:

Sí me cuentas su amor, háblame ¡oh rosa!

Z.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

POLÍTICA ESTRANJERA.

Media docena de líneas bastarian para trazar la crónica de la última quincena.

O mejor aun, con decir que todavía no ha estallado la gran bomba de Luxemburgo, tendríamos trazada nuestra revista.

Porque este asunto ha continuado absorbiendo por completo la atención general durante las dos semanas que acaban de transcurrir, y de tal manera se ha enseñoreado de la situación que en vano sería buscar excusas bastantes á negar su importancia.

Hasta la esposición universal de París ha dejado de brillar al lado de la del pequeño ducado, viniendo por así decirlo á quedar desmentido en parte el refran aquel de que los peces grandes se comen á los pequeños. Esto, se entiende, por el papel que actualmente representa; pues, bajo otro punto de vista, con todo y eso de ser un microscópico pececito de los que entran muchos en libra, es lo cierto que de tal modo ha escitado el apetito de los grandes cetáceos, que no parece sino que no queda en los vastos mares de la política absorbente nada mas, fuera de él, suficiente á saciar su voracidad.

Pero ¿es en realidad el pecado de la gula ó el de la soberbia el que así atrae con tan preferente atención las fauces de las ballenas francesa y prusiana sobre la insignificante sardina objeto del almuerzo?

Lo segundo indudablemente.

La posesión del Luxemburgo por este ó el otro ó el de mas allá, no pasa, en el fondo, de ser una excusa.

Cuando dos se tienen ganas debe buscarse un pretesto por aquello de que es preciso cubrir las apariencias.

Y como los pretestos nunca faltan, buenos ó malos, lógi-

cos ó inconducentes, ha venido como de perilla la excusa del Luxemburgo para *legalizar* el deseo que mutuamente anima á franceses y alemanes de hacer algo para asegurar el equilibrio europeo.

Ahora bien; los luxemburgueses sin que ellos lo pensasen ni lo soñasen, vienen á ser, por así decirlo el fiel de la balanza; y se trata de averiguar, ó tal por lo menos se han propuesto Napoleon y Guillermo, cual de los dos sea mas competente para ejercer el oficio de *afinador* ó *regulador*.

Pretende el primero que sus conocimientos prácticos en la materia de pesar destinos y medir nacionalidades, le tienen de antiguo señalada la plaza; y quiere probar el segundo que, aun cuando nuevo en el oficio, sus recientes obras le dan derecho á él tan solo para desempeñarla.

En resúmen, que el que se rija el Luxemburgo por su autonomía, ó dependa mas ó menos directamente de Pedro. Juan ó Diego, es lo último que influye en la gran cuestión del día.

La Francia gracias á varias modernas jugadas que no le han salido tal cual supuso al plantearlas, siente escapársela de las manos el cetro de árbitro en toda cuestión nacida y por nacer, y la Prusia se cree la sucesora legítima de aquella.

La una protesta, apela con palabras de paz ante el tribunal de la guerra para probar sus derechos á la posesión; y la otra, la Prusia, no solamente acepta el reto, sí que parece indicar con su actitud provocadora que, aun cuando la parte contraria cejara en sus propósitos, ella ha de empeñarse en abrir el pleito á prueba.

En este estado se encuentra la cosa.

Dispútanse dos naciones la preponderancia en Europa: creéanse ambas con bríos suficientes; y cuando han aparecido sobre la superficie los síntomas tan vehementes como en la actualidad ha sucedido, difícilmente se llegará á una solución por otro camino que el de la fuerza.

La Prusia ha dicho por medio de sus hombres y de los órganos oficiosos que equivaldría á una abdicación por su parte el retirar sus soldados de las fortalezas de Luxemburgo, que, entre paréntesis, no dependen de la confederación últimamente zurcida con la aguja del fusil.

Y como precisamente en la evacuación esa, sin perjuicio de lo que de ella se siga, fundó la Francia su empeño, resulta que difícilmente se llegará á un acuerdo.

Hasta ante la esperanza de que las grandes potencias co-signatarias de los tratados de 1839 ó sean Inglaterra, Austria y Rusia, hiciesen comprender á los unos y á los otros cual era su opinión acerca de las dificultades surgidas y como debía obrarse para allanarlas vemos que la Prusia se ha apresurado por todos los medios posibles á pregonar que la evacuación de Luxemburgo era cuestión aparte, en la cual por nada pesarian las indicaciones de las tres potencias consultadas. Como si dijésemos; «guerra queremos y guerra habrá.» A bien que no pretendemos dejar sentado que la Francia opine de distinta manera; solamente que en punto á franqueza no ha ido tan lejos.

No así, á lo que se dice, se ha quedado rezagada tocante á la aglomeración de aprestos militares y cuantos accesorios auguran una próxima campaña. No entraremos en detalles acerca de cual de las dos naciones se halle á estas horas mejor preparada y lista para medir sus fuerzas. Estas cosas

suelen hacerse sigilosamente y sería por lo tanto aventurado entregarse á formar inventarios y á pasar revista de comisario de tantos y tantos miles de hombres y millones de millones de cartuchos, y de armas nuevas y que me sé yo cuantas cosas mas, como, segun se anuncia diariamente, ha venido respectivamente acumulando la actividad franco-prusiana.

A lo que cuentan, puede dispararse á cualquier hora el primer cañonazo sin temor de encontrar á nadie desprevenido.

Por otra parte, y si algo falta todavía, ahí está el recurso de prolongar el envío del ultimatum por medio del cambio de nuevas notas entre Francia, Rusia, Inglaterra y Austria; y entre Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia. Adviértase que no decimos entre Prusia y Francia, puesto que, para entenderse mejor y mas pronto, nada se han dicho directamente desde que se han puesto la cara fea, limitándose á tratar por intermediacion de las restantes tres potencias amigas.

Y al decir «potencias amigas» debemos hacer una salvedad; la de ignorar positivamente con qué grados de amistad distinguen cada una de por sí á las dos que se encuentran mas frente á frente. La opinion general, empero, se inclina á creer, fundada en datos que han pasado al dominio público, que, por lo que toca al Austria, tiene mas presente, quizá por ser mas moderna, la jornada de Sadowa que la de Solferino, y por ende que, en caso de prestar su material apoyo, prefiera dar el brazo al emperador Napoleon, que al rey Guillermo.

Y al lado de la Francia, y del de Austria, añádese que también estaria la Italia.

Como se ha visto desde la guerra de Crimea acá, no está ya en moda batirse una sola nacion contra otra, sí que por grupos; y mucho han de engañarse los profetas políticos, ó, en la que ahora amenaza, no se limitarán á dos, ni á tres ni á cuatro las que entren en baile. Todo el mundo parece convencido de que ha llegado la hora del gran fandango.

El *Monitor* de Paris, al mismo tiempo que se le pasa completamente desapercibido lo de dentro de casa, y que no se acuerda siquiera de que figure el Luxemburgo en el mapa de Europa, nos hace saber, así por via de pasatiempo, que la Holanda atiende con especial predileccion á los armamentos y aumenta su ejército, tal cual podria hacerlo si tratase de adoptar un plan militar de concentracion de fuerzas para la defensa del país en Utrecht y Amsterdam.

En cuanto á los demás periódicos, así officiosos como antimerialistas, no parece sino que se han dado santo y seña para escitar el entusiasmo nacional, recordando las glorias de su ejército, hablándonos de adelantos militares, de inventos de armas de fuego, de arsenales repletos de proyectiles etc., etc.

Hasta nos dicen personas que han estado recientemente en Paris que se habla allá *sottovoce* de un plan de campaña que se atribuye el general Niel, segun el cual, romperse las hostilidades y enviar la Francia un formidable cuerpo de ejército compuesto de sus mejores soldados al encuentro del enemigo seria obra de un momento. Estas tropas tendrian la mision, cueste lo que cueste, de lanzar á los prusianos á la otra parte del Rhin y de fortificarse luego en la de acá sin avanzar un solo paso mas. Para los franceses parece ser esto una operacion sencillísima; pero como los prusianos

han dado, no hace un año, pruebas evidentes de prevision y de actividad, ignoramos hasta qué punto se prestarian á dejar airoso al autor del plan que se atribuye, repetimos, al general Niel, por mas que no pase tal vez el ilustre soldado de ser el editor responsable, ó coautor si tanto quiere apurarse la cosa.

Hemos dicho ya que el órgano oficial, en la prensa francesa, no se mete en honduras ni se acuerda del Luxemburgo; y no menos reservado se ha mostrado en la cámara el gobierno, fracasando las interpelaciones anunciadas en este sentido. Sin embargo, créese que al reanudar las sesiones el próximo jueves, el mismo dia en que ha de ver la luz la presente revista, se adelantará por boca del ministerio Rouher á dar las aplicaciones que crea convenientes; lo cual equivale á decir que tocan á su término las reservas y que se encuentra la cosa á punto de reventar.

Pero á nadie se oculta que para saber á qué atenerse no habria necesidad de tomarse semejante molestia, cuando la bolsa se ha encargado de antemano de hablar tan bajo, que se la oye desde el fondo del mas alejado bolsillo; con una voz igual á la con que hablara en los dias que precedieron al rompimiento de hostilidades el verano último: á corta diferencia rigieron entonces los precios que hoy rigen en la cotizacion de los valores. El pánico que ha reinado entre los hombres de negocios; pánico que se calma y se reproduce por horas, es el signo mas característico de las probabilidades de un rompimiento, que podria evitar únicamente alguna eventualidad, que nadie, empero, imagina siquiera, dónde, cómo ni por qué causa insinuarse pueda con probabilidades de alejar la tormenta.

Lo que hemos dicho de Francia acerca de los recuerdos y artículos y conversaciones que conducen á escitar el entusiasmo público, acontece asimismo en Prusia, quizá en mas grande escala todavía, contribuyendo á ello, mas que en el vecino imperio, los hombres de mas talla política. Solamente el rey en el discurso que ha pronunciado el 17 de los corrientes al cerrar el Reichstag, no dijo una sola palabra de la cuestion palpitante; y á nadie se oculta que semejante silencio en tan solemne ocasion es, por lo estudiado, altamente significativo. Nuestros lectores podrán juzgar por sí mismos de este documento, pues se presta por su laconismo á ser reproducido íntegro. Dijo así el rey de Prusia al despedir á los representantes de la cámara:

«Ilustres, nobles y honorables señores del Reichstag de la Confederacion del Norte de Alemania.

»Con un sincero sentimiento de satisfaccion os veo al fin de nuestra importante mision reunidos en torno mio. Ya se han realizado las esperanzas que en nombre de los gobiernos confederados manifesté en otro tiempo en este mismo sitio. Habeis comprendido con un generoso patriotismo la grandeza de vuestra mision, y con una completa abnegacion os habeis dirigido siempre al objeto comun. Y á eso se debe el que hayamos podido levantar sobre una base firme una Constitucion cuyo desarrollo podemos libres de cuidado confiar al porvenir. El poder federal está provisto de atribuciones indispensables y suficientes para la prosperidad y el poderío de la Confederacion. Los Estados particulares cuyo porvenir está garantido por la Confederacion, han conservado su libertad de accion en todo lo que permite la diversidad y la autonomia del desarrollo. La representacion popu-

lar tiene por garantía su propia cooperación al cumplimiento de la obra nacional. Esta cooperación corresponde tanto al espíritu de las constituciones particulares que existen como á la necesidad que tienen los gobiernos de obrar de acuerdo con el pueblo alemán.

Nosotros, los que hemos tomado parte en la elaboración de la obra nacional, gobiernos confederados y representación nacional, todos hemos sacrificado voluntariamente nuestras miras y deseos á la patria alemana, y lo hemos hecho convencidos de que nuestra union era digna de ella.

Con esta recíproca reconciliación, y echando á un lado las divergencias que existen, hemos adquirido la garantía de un fecundo desarrollo ulterior de la Confederación. Nuestras esperanzas y las de nuestros hermanos de la Alemania del Sur se han acercado más á su realización. Ha llegado ya para nuestra patria alemana el tiempo de poder defender con sus fuerzas la paz, su derecho y su dignidad. El sentimiento nacional, tan dignamente representado en el Reichstag, ha encontrado eco en todas las comarcas de la patria alemana.

Pero Alemania entera, tanto sus gobiernos como su pueblo, conviene en que el poderío nacional que se ha reconquistado debe robustecerse sin perjuicio de los beneficios de la paz.

Honorables señores: Se acerca á su término esta grande obra. Las representaciones populares de los diversos Estados no negarán su sanción constitucional á lo que, juntos con los gobiernos, habeis creado. La misma idea que ha dado aquí el éxito á nuestra misión guiará también después las deliberaciones.

El primer Reichstag de la Confederación del Norte puede pues separarse bien convencido de que por todas partes le seguirá el reconocimiento de la patria, y que la obra que ha levantado prosperará, con la ayuda de Dios, para nosotros y las futuras generaciones.

Que Dios nos bendiga á nosotros y á nuestra patria.»

Hemos indicado más arriba la probabilidad de que, según se dice forme el Austria al lado de la Francia en la probable contingencia de que agotadas las argucias diplomáticas se confíe á las bayonetas el arreglo de los asuntos pendientes. A propósito de los preliminares de esta decisión, y para que se vea hasta donde llega la travesura de Bismark, vamos á copiar algunos párrafos de un artículo en que se trata del asunto, y se juzga de ciertos pasos que esplican de una manera, que no carece de lógica, la situación definitiva en que han de encontrarse hoy por hoy y para mañana los gobiernos que se disputaron la jornada en los campos de Sadowa. Dejemos hablar al articulista:

«La noticia de las gestiones hechas por la Prusia cerca de la corte de Viena, no nos ha sorprendido. La negativa que han alcanzado, menos todavía nos ha pasmado. Estamos en la convicción de que Mr. de Bismark solicitó la alianza austriaca con la prevista idea de un desaire; y más aun creemos que precisamente este desaire fué el que alentó al *factotum* de Berlín á demandar la cooperación del Austria.

¿Qué segunda mira ha llevado en esto el sesudo ministro de Berlín?

Un exámen algo profundo de los hechos nos pondrá al cabo de la intención de Mr. de Bismark.

No ha de olvidarse ni por un momento que el objeto pri-

mordial de la Prusia es unificar la Alemania en su provecho ya refundiéndola en un solo estado centralizado, ya transigiendo con un cierto número de agrupaciones autonómicas que por su estabilidad pueden gozar de esa especie de independencia local compatible con la unidad de raza, que parece ser el fondo distintivo de la vida y de las instituciones germánicas.

Ahora bien; con la robustez adquirida por la Prusia en la pasada contienda, se ha formado el núcleo, la levadura del gran grupo germánico; núcleo necesario de todo punto para buscar un centro de equilibrio, de presión y de iniciativa asaz formidable para imponerse á los demás confederados, y para imprimirles su política, y sobrado homogéneo y engreído para resistir la influencia extranjera y encarrilar los destinos de la Alemania por una senda eminentemente nacional.

Mr. de Bismark ha adelantado mucho en este camino; la confederación del Norte es ya más que una institución, un hecho. La presidencia de la Prusia es, no un cargo de honor, sino una dirección real. La Europa entera reconoce su obra y la teme.

Los estados del Sud dando al olvido aflictivos y recientes odios, tienden su mano con entusiasmo á los hombres y á la política de Berlín; y las armas en fin de toda la Alemania, se tercián á la voz del rey Guillermo y se apuntan al corazón de la Francia, al menor amago de un sonrojo en la honra nacional.

Este es el cuadro actual de la organización de la Alemania; cuadro elocuente y que puede con justicia desvanecer de orgullo á su autor.

Pero la Prusia no puede desentenderse de que el Austria cuenta con 13 millones de alemanes; de que la ligan al resto de la gran patria, grandes tradiciones; de que ha sido casi constantemente el perenne defensor de su raza.

Un patronato de un año no borra los indelebles recuerdos de una protección de siglos; siquiera la nueva situación se inaugure con la brillantez de Sudowa, y entre en posesión con las valientes notas que negaron á la Francia, en setiembre, las fronteras de la antigua República, y en abril el Luxemburgo.

Es en balde que el tratado de Praga prive al Austria de su carácter germánico; un simple tratado no puede más que la historia en la memoria de los pueblos.

Por lo tanto, al proseguir en sus tareas unificadoras, Mr. de Bismark ha tenido que asegurarse de su preeminencia en Alemania, con esclusión de todo elemento extraño. La Prusia ha exagerado el peligro y la importancia de la adquisición del Luxemburgo por la Francia. Ha visto con complacencia y quizá ha atizado secretamente la explosión de los sentimientos germánicos; ha dejado que de los Alpes al Rhin, una alarma infundada hiciera las veces de una crisis positiva. Por medio de esta ficción, las aletargadas pasiones nacionales se han galvanizado; por do quiera se aclama á Prusia y á su ministro como á los salvadores de la Alemania. ¿qué es lo que resultará de la realidad, si la ficción ha podido tanto?

Evidente es la respuesta; del triunfo de la Prusia sobre la Francia saldría la Gran Alemania, saltando desde la cuna ya robustecida, veterana, omnipotente.

Es, pues, de todo punto indispensable que este resulta-

do se verifique en exclusivo provecho de la Prusia, y para eso ha ideado M. de Bismark con el raro talento de prevision que le distingue, el paso cómico de implorar la alianza de Viena.

Una vez la Alemania se ha creído en el peligro supremo, ha vuelto la vista, naturalmente en busca de un defensor. Este defensor ha sido la Prusia; la Prusia que se cree fuerte para arrojar guante tras guante al rostro de Napoleon; la Prusia que ha logrado poner á las Tullerías en el aprieto de cometer ó una *folie* ó una *reculade*, segun frase atribuida á uno de los ministros imperiales. Y sin embargo de tanto alarde, de tanta confianza, M. de Bismark se dirige al Austria en demanda de socorro. ¿Para qué? Para dar á entender que la Alemania se halla al borde de su ruina, apenas nacida para la unidad. En prueba de que el peligro es grave que Prusia aparentemente no se siente bastante fuerte para conjurar y olvidando antiguos rencores en aras de la salud de la patria acude á implorar el brazo aun poderoso del Austria, nacion alemana en muchos de sus intereses.

Pero el Austria que disiente del parecer de sus antiguos confederados al apreciar la gravedad de una situacion mas provocada que natural, se encierra en su neutralidad y no quiere entrar como segunda donde sus tradiciones y su amor propio la llaman á figurar como primera.

La negativa de M. de Beust se preveia y M. de Bismark ha arrostrado con deliberado propósito esa repulsa pública que la Alemania traducirá por una traicion. En su dia la defeccion de la corte de Viena se hará valer ante las provincias alemanas del Austria, donde la fiebre germánica se comunica como en todas partes.]

Hé aquí el objeto que se ha propuesto Mr. de Bismark poniendo al Austria en el caso de decidirse en las actuales circunstancias. Si el movimiento anti-francés va de vencida el Austria no tendrá otro partido que terciar en la lucha pesando sobre sí la nota de haber acudido tarde; y si por el contrario sale triunfante Prusia quedará omnímoda dueña de la situacion y explotará la animosidad que seguramente estallará en las provincias alemanas del Danubio en vista de la apática conducta del gobierno,

Nadie disputará, en verdad, á Mr. de Bismark la palma del maquiavelismo de la época.»

Así dice el artículo: así hay quienes juzgan á Bismark referentemente á la jugarreta de que le suponen autor.

Aun cuando el asunto lo merece, observamos que nos hemos estendido mas de lo que ordinariamente consienten las dimensiones de nuestra revista en el conflicto franco-pruso-europeo; pero no soltaremos la pluma sin dar una lijera idea de los tratados de 1839 y sus consecuencias, sobre los cuales versan las consultas dirigidas y los pareceres pedidos á los gabinetes de Rusia, Austria y Inglaterra; consultas y pareceres, fuerza es repetirlo, no han de dar por resultado, segun las versiones prusianas que la evacuacion de la fortaleza Luxemburgo, á seguir Berlin en sus trece de que no es este punto el que deben examinar las tres potencias á las cuales se ha acudido.

Los tratados de 1849 fijaron definitivamente la separacion de Bélgica y Holanda, dividiendo además el Luxemburgo y concediendo una parte á la Bélgica. Como se comprenderá, la parte que le ha tocado al rey de Holanda es la que se halla en litigio.

El principal de estos tratados ha sido directamente acordado entre Bélgica y Holanda; pero va seguido de otros accesorios concluidos con las grandes potencias, en los que se estipula la garantía de sus poderes.

Las cláusulas que el gobierno francés, de acuerdo con los demás gabinetes de Europa, se halla pronto á examinar, son las siguientes:

«Tratado entre Bélgica y los Países Bajos.»

Artículo 1.º El territorio belga comprenderá además la parte del gran ducado del Luxemburgo indicada en el artículo 2.º

Art. 2.º S. M. el rey de los Países Bajos, gran duque de Luxemburgo, consiente en que en el gran ducado del Luxemburgo, los límites del territorio belga sean los mismos que se indican á continuacion. (Sigue ahora la delimitacion del Luxemburgo cedido á la Bélgica y del Luxemburgo que quedó en poder del rey de Holanda.)

Art. 3.º Por las cesiones efectuadas en el artículo precedente, se consignará á S. M. el rey de los Países Bajos, gran duque de Luxemburgo, una indemnizacion territorial en las provincias de Limburgo.

Tratado con las cinco potencias Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia.

Art. 1.º S. M. el emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, S. M. el emperador de los franceses, S. M. la reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, S. M. el rey de Prusia y S. M. el emperador de todas las Rusias, declaran que los artículos anexos que forman el tenor del tratado concluido en el dia de hoy entre S. M. el rey de los belgas y S. M. el rey de los Países Bajos, gran duque del Luxemburgo, son considerados como teniendo la misma fuerza y valor que si estuviesen testualmente insertos en la presente acta; y que *se hallan bajo la garantía de dichas potencias.* »

Hé aquí ahora las cláusulas del acta general de la comision territorial, que arregla lo relativo á la guarnicion de la fortaleza.

«Art. 35. El artículo 3.º del tratado concluido en Viena el 31 de marzo de 1815 y el artículo 67 del acta del congreso de Viena, habiendo estipulado que la fortaleza del Luxemburgo fuese considerada como fortaleza de la confederacion germánica, esta disposicion queda en pié y está exprofeso confirmada por la presente acta.

No obstante, S. M. el rey de los Países Bajos y su majestad el rey de Prusia, en calidad de gran duque de Luxemburgo, deseando adoptar el resto de las disposiciones de los susodichos artículos á los cambios sobrevenidos por el tratado de París de 20 de noviembre de 1845 y atender de la manera mas eficaz á la defensa combinada de sus respectivos Estados, sus majestades han convenido en tener guarnicion comun en la fortaleza del Luxemburgo; sin que este arreglo hecho nuevamente bajo el punto de vista militar, pueda alterar en nada el derecho de soberanía de S. M. el rey de los Países-Bajos, gran duque del Luxemburgo sobre la ciudad y la fortaleza del dicho ducado.

Art. 36. S. M. el rey de los Países-Bajos, gran duque de Luxemburgo, cede á S. M. el rey de Prusia el derecho de proveer el nombramiento de gobernador y comandante de esta plaza; y accede á que, así la guarnicion en general como

cada arma en particular, esté compuesta en sus tres cuartas partes de tropas prusianas, y en lo restante de tropas de los Países-Bajos, renunciando de este modo al derecho de nombramiento que el artículo 67 del congreso de Viena concedía á S. M.»

Véase ahora el texto de la esposicion dirigida al príncipe de Hohenloe:

«Señor:

»Después de la sangrienta guerra civil que ha dejado intacta la integridad del territorio alemán: después de la conclusion del tratado de alianza entre Prusia y los Estados del Sud, lo cual parece ser una nueva garantía para esta integridad, la Alemania á consecuencia de las negociaciones entre el rey de Holanda y la Francia, se halla amenazada con la pérdida de un antiguo país alemán. No es cuestion únicamente de la pérdida de algunas leguas cuadradas de territorio y de los miles de almas que encierra el gran ducado del Luxemburgo, trátase del honor de la Alemania que se veria vejado, caso de que se decidiese de la suerte de una poblacion Alemana por un contrato de venta en beneficio del extranjero. El pueblo alemán tiene el derecho de pedir á su gobierno que dé proteccion á los alemanes cuando un peligro les amenaza.

»Ello es cierto que la Prusia está llamada, antes que ninguna otra nacion, á poner á salvo los derechos que alega en el Luxemburgo, pero la Baviera tiene tambien deberes que cumplir para con la Alemania y nuestra mayor satisfaccion será como primer resultado de los tratados de alianza de 22 de agosto de 1866, que la Baviera manifieste sin embozo su intencion de tomar partido por la Alemania amenazada.

»Los abajos firmados han creído un deber esponeros respetuosamente esta opinion, en tanto mas cuanto que pueden añadir á ella la seguridad de que en el seno de la Cámara baviera defenderá toda proposicion que tienda á venir en apoyo de una política nacional alemana.»

En resumen: todos los que han seguido con alguna atencion los sucesos que se han venido operando en Europa de algunos años á esta parte, se preguntan:

¿Cuándo se dispara el primer cañonazo?

Conocen ya nuestros lectores el cambio del ministerio italiano. Los actos del presidente del nuevo gabinete, señor Ratazzi, no indican todavía cuál sea el programa que se propone desarrollar. Por de pronto, ha tenido el buen tacto de negarse á dar esplicaciones sobre las crisis que le ha puesto en el poder, á fin de evitar personalidades siempre enojosas, y mas susceptibles aun de enconar los ánimos cuando han tomado proporciones, como sucede en Italia, las diferencias individuales, las luchas entre los impacientes por llegar de un salto al fin y los que creen en la necesidad de adelantar por etapas. Otra declaracion ha hecho tambien el señor Ratazzi que no ha dejado de ser bien recibida; tal es la de alimentar, y proponerse llevar al terreno de la práctica, ideas francas y radicalmente descentralizadoras. Esto es un indicio muy significativo de lo que intente el actual presidente referentemente á ciertas cuestiones de palpitante interés en la península italiana.

En el proceso del almirante Persano, ha pronunciado su veredicto el Senado constituido en alto tribunal de justicia. Italia ha vengado su honor comprometido en la jornada de

Lissa, haciendo recaer toda la culpa del desastre en el jefe de la armada. La justicia popular ha caído con todo su rigor sobre el desdichado Carlos Persano, exonerándole de cuantos grados y distinciones alcanzara en su carrera hasta llegar á la elevada categoría de la cual tan ruidosamente acaba de descender.

En Inglaterra ha obtenido últimamente un triunfo el ministerio, aun cuando haya sido por una insignificante diferencia numeraria. Por 25 votos de mayoría en favor del gabinete fué desechada la enmienda liberal presentada al bill de reforma por Mr. Gladstone contra la obligacion del pago personal de los impuestos. Dícese que este importante hombre político á quien se creía sucesor casi de Disraeli, se retira temporalmente del puesto de *Ceader*, que ha venido sosteniendo en esta campaña parlamentaria. Veremos si durante la tregua se fortifica la oposicion y logra mañana lo que no ha podido hoy alcanzar.

La situacion de Irlanda dista mucho todavía de ser placentera para el gobierno británico. El fuego del entusiasmo no se ha apagado aun en los pechos fenianos, y no cesan los arrestos y las prisiones. Si tendrá la insurreccion hondas raíces y numerosos adeptos en todas partes, aun entre los agentes ingleses, lo indica entre otros y otros incidentes uno reciente que recuerda la fuga del célebre Stephens. Toda la vigilancia ejercida con el jefe feniano Kirwin encerrado en un hospital con una grave herida en una pierna, no ha bastado á evitar su evasion; pero es doblemente significativo este suceso, si se tiene en cuenta que toda la policia inglesa puesta en movimiento á los pocos minutos de la fuga, no logra dar con el evaporado jefe.

En cuanto á la situacion general de la Gran Bretaña parece que no todos los ingleses ven el porvenir de color de rosa. Hemos consignado anteriormente que la soberbia Albion habia descendido algo de su pedestal, y hoy vemos que del propio modo opina alguno de sus caracterizados hijos. Léase, sino, el siguiente artículo de un corresponsal de Londres:

«Sir Archibald Alison, el conocido autor de la popular historia general de Europa desde la revolucion francesa hasta nuestros dias, en un discurso que ha pronunciado en Glasgow con motivo de inaugurarse la apertura de un local destinado á los ejercicios de tiro de los voluntarios de la provincia, ha hecho las siguientes singulares observaciones acerca del estado de Europa y el equilibrio del poder entre las naciones:

«El continente europeo, segun ha dicho Mr. Disraeli, se ha convertido en un campamento y hoy mismo nos llega la noticia de una baja de 2 1/2 por ciento en los fondos franceses motivado por los temores de guerra. Semejante estado de cosas mas allá del estrecho, debe hacernos pensar en la manera de no vernos envueltos en los desastrosos efectos de un conflicto general, y para conseguirlo todo depende, en no equivocarnos respecto á la línea de conducta que debemos seguir. Todos los dias oimos decir. «Dios mediante nos libertaremos de un compromiso. Dejemos que las potencias continentales choquen, y abstengámonos de intervenir en sus contiendas.» Nada mas sencillo en efecto si en realidad nos fuese posible obrar de tal suerte. Mas ¿puede ser esto acaso? No dudeis de que será imposible de todo punto. Nos hallamos en vísperas de una gran guerra

continental y esta guerra terminará por dar una supremacía incontestable á la potencia que salga vencedora. Cuál de ellas esté destinada á serlo, es el secreto de la Providencia, pero podemos estar seguros de que sea la que sea, ella acabará por volverse contra Inglaterra. Los cándidos entusiastas que se persuaden de que los intereses comerciales han de sofocar los apetitos de conquista, conocerán demasiado tarde cuan miserablemente han errado. Las potencias engrandecidas por conquistas jamás se paran. Recordad á Roma antigua y tened presente á la Francia de Napoleon I. El vencedor de Europa, cualquiera que este sea, viendo que la única potencia que queda entera es Inglaterra, será nuestro irremediable enemigo.

»Además de sus naturales instintos de ambicion, todas las grandes potencias de Europa tienen que vengar antiguos agravios recibidos de este país y aprovecharán la primera ocasion que se les presente para vengarse. En el curso de nuestra historia hemos invadido á Francia dos veces; en nuestros dias hemos ocupado á Paris y los franceses no han renunciado á pagarnos la visita en Lóndres. La Rusia no ha olvidado á Sebastopol y se daría por contenta de tomar la revancha de Postmouht. Nuestros ejércitos entraron en Washington en 1812, y los americanos solo esperan la oportunidad para presentarse ante nuestras costas. Considerad, pues, como probable, mejor diré, como segura, la formacion de una coalicion contra Inglaterra en época no muy lejana y pensemos en qué medios pueden emplearse para resistirla.

»A este propósito surge empero una observacion sobre la que llamo toda vuestra atencion. El invento de los buques corazados, impenetrables para todo calibre inferior á balas de 200 ó 300 libras de peso, nos ha privado de un golpe de nuestra antigua superioridad marítima. Tres batallas como la de Trafalgar ganadas por la Francia, la Rusia ó por América no nos habrian causado tanto daño como este invento. Nuestra gloriosa escuadra de buques de maderas que hacia nuestro orgullo y constituia nuestra seguridad, yace anclada en nuestros puertos sin poder ser en adelante empleada ofensivamente. Navíos de tres puentes como el «Duque de Wellington», magnífico modelo hace pocos años, en su clase, serian echados á pique con un solo cañonazo de grueso calibre. De repente puede decirse que hemos perdido las flotas que habiamos empleado dos siglos enteros en organizar. Para reemplazarlas por buques corazados tenemos que sujetarnos á las condiciones de tiempo como las demás potencias.

»La delantera que les llevábamos ha desaparecido, y tenemos que comenzar de nuevo. Aquí teneis la esplicacion del porqué los millones que anualmente gastamos en nuestra marina no bastan para restituirmos las ventajas que hemos dejado de poseer. No hemos hasta ahora podido alcanzar á mas que á crear los primeros elementos de una escuadra todavía en su infancia. En el mismo caso se hallan las demás potencias. Es muy dudoso que nuestras fuerzas marítimas igualen en su día á las de los americanos, y unidas estas á las de la Rusia nos son superiores. Si una escuadra corazada se presentase en nuestras costas, para nada nos servirían los 40 ó 50 navíos de línea fondeados en nuestros arsenales. Y la suerte de nuestra bandera reposaría toda entera en los pocos buques blindados que poseemos. Este cam-

bio experimentado en las condiciones de la guerra marítima ha destruido la posicion que ocupábamos, y si no se encuentran medios bastante eficaces y bastante pronto para contrabalancear peligros tan de temer, dias muy tristes nos esperan en los que hasta nuestra independencia nacional puede verse muy comprometida.»

A la adquisicion de la América rusa por los Estados- Unidos de que dimos someramente cuenta en la anterior revista, se le atribuye generalmente grande importancia, como así lo reconocen los mismos periódicos anglo-americanos. La superficie total del territorio adquirido asciende á 481276 millas cuadradas, que añadidas á las 3.250000 de que constan los Estados- Unidos, forman un total de 3.731276 millas cuadradas, y como la superficie de Europa se compone de 3.765522 millas cuadradas, resulta que ambas quedan equilibradas en este concepto, aun cuando no suceda así respecto á la densidad de la poblacion, que en Europa es de 90 habitantes por milla cuadrada, mientras que en los Estados- Unidos no llega á 11. Créese que bajo los auspicios de los Estados- Unidos no pasará mucho tiempo sin que las apartadas regiones de la América rusa contengan una poblacion suficiente para hacer subir á cincuenta millones la de la Union federal. Las pesquerías son muy estensas; pero la principal riqueza mercantil del país consiste en el tráfico de pieles, que en lo sucesivo será conducido exclusivamente por comerciantes americanos.

Respecto de Méjico continuamos aguardando el regreso de Maximiliano, á pesar de las cuentas galanas que suelen echar de cuando en cuando los imperialistas. Eso del regreso, se entiende, si no se muestra demasiado remolón en embarcarse, y se ve luego imposibilitado de acercarse á la costa. Las últimas noticias de Veracruz indican que todo esto podría suceder desde el momento en que, segun anuncian las cartas de mas moderna fecha, Veracruz se hallaba cercada por cuatro mil juaristas, mientras por otra parte dominaban por completo con sus guerrillas el camino desde la ciudad cercada á la de Méjico.

SANTIAGO DE LAMAR Y MUN.

REVISTA DEL MERCADO.

La quincena que acaba de transcurrir ha sido en su principio un poco mas animada que las anteriores, pero la paralización de las fiestas de Semana Santa le ha devuelto el carácter de calma que venimos señalando de mucho tiempo á esta parte. La tirantez de los negocios políticos europeos tiende á fijar este malestar, de suerte que no creemos que de mucho tiempo podamos señalar variaciones sensibles en la marcha de los negocios. Las esportaciones para los mercados de Ultramar son seguidas aunque lentas y siempre en combinacion, sin que sepamos que se hayan hecho esportaciones sin estas condiciones.

Anotamos los precios á que se cotizan los principales artículos de esportacion é importacion.

Esportacion.

Aceite.—Sostenidos á 29 y 90 reales la botijuela de media arroba puesto á bordo. La estraccion es bastante activa.

Aguardiente.—La escasez de este espíritu hace que los precios se sostengan, habiéndose pagado á 62 y 63 \$ jerezana de 33° puesto á bordo. Las operaciones son importantes.

Arroz.—Ha sido bastante activa la extraccion de este grano aunque sin variacion en los precios, que siguen rigiendo los mismos que anotamos en nuestra anterior revista de 80 á 94 reales quintal, clases superiores.

Almendra.—Este grano ha experimentado una nueva alza en vista de la cual los esportadores se retraen de las compras. Los precios á que se cotizan, son de 17 ½ á 18 ½ la de Esperanza y de 14 á 14 ¼ las de Mallerca.

Azafran.—Sin operaciones: cotizamos de 7 á 7 ½ \$ libra nominal.

Harinas.—Precios poco sostenidos y escasos embarques: se cotizan de 9 ½ á 9 ¾ barril de 200 libras castellanas á bordo.

Vinos.—Los precios de este caldo parece que tienden á la baja por la poca animacion de las expediciones y el temor de que se echen á perder las existencias: las marcas mas acreditadas se resisten sin embargo á declararse en baja: no así las menos conocidas. Las viñas presentan muy buen aspecto aunque nada pueda vaticinarse respecto al resultado que dará la cosecha este año. Hoy se cotiza en combinacion de 22 á 23 \$ por las marcas mas acreditadas para la isla de Cuba: de 24 á 25 para el Rio de la Plata y de 34 á 37 para el Brasil.

Importacion.

Aguardiente de caña.—Sin precios corrientes por ser escasas las existencias y nulas las operaciones.

Algodon.—Este lanage ha sufrido una baja en esta quincena y aun así las operaciones son muy escasas y las tendencias no dan esperanzas mejores. Las fábricas con dificultad dan salida á los géneros elaborados y por lo mismo las ventas se ciñen al estricto consumo. Cotizamos: Brasil de 29 ¼ á 29 ½ \$ quintal. Norte América de 26 ¾ y 27 ½ \$ quintal. Levante é Indias de 18 á 23 \$ segun clases.

Azúcares.—Las plazas extranjeras que en mayor ó menor escala se surten en nuestra plaza y las demás del reino, no presentan gran animacion en las transacciones de este dulce: por lo mismo tampoco podemos, pues, dar buenos informes del estado de nuestra plaza. Algunas de las partidas que han llegado se han colocado á precio de factura, señalando un flete no muy subido y otras se han colocado á precios reservados.

Cacaos.—Cotizacion nominal y operaciones nulas por la clase Caracas. La clase Guayaquil se detalla puesto que ignoramos se haya hecho venta alguna importante á 3 ½ reales libra. Una pequeña partida Cubano se ha realizado á 3 ¼ la libra.

Café.—Se ha vendido una partida bastante regular Puerto-Rico á 18 ½ \$ pesos quintal en depósito: solo quedan pequeñas existencias de la misma procedencia en otro depósito siendo las tendencias poco favorables.

Cueros.—No hay mucha animacion en las transacciones de este género. Se han realizado algunas ventas pero los precios no presentan firmeza. Se han realizado algunos centenares Buenos Aires á \$ 15 quintal. Una partida Puerto-Rico se cedió á \$ 10 ½ y á 9 ½ otra de la misma procedencia. Las disposiciones no son muy favorables, de modo que no

creemos llegasen á obtener \$ 15 quintal las buenas clases Buenos Aires, como fueran por partidas de cierta importancia.

Barcelona 23 abril 1867.

C. S.

NUEVA PUBLICACION.

Hemos recibido las tres primeras entregas ó cuadernos de la importantísima obra que publica en Madrid D. José María Pantoja, abogado de aquel ilustre colegio, bajo el título de «**REPERTORIO DE LA JURISPRUDENCIA civil española ó compilacion completa, metódica, ordenada por orden alfabético de las diversas reglas de Jurisprudencia sentadas por el Tribunal Supremo de Justicia en las decisiones sobre recursos de nulidad, casacion é injusticia notoria y en la resolucion de las competencias jurisdiccionales.**» La sola enunciacion del objeto de este paciente trabajo expresa lo elevado de su importancia. Los que saben las invencibles dificultades con que lucha diariamente el que dedicado al foro en España se vé precisado á operar en el inmenso campo de la legislacion, especie de laberinto en el que apenas si es dado dar un paso sin extraviarse, sabrán apreciar indudablemente el inmenso beneficio que el *Repertorio de la Jurisprudencia civil* va á prestar al país, al facilitar el estudio y consulta de las decisiones que forman la Jurisprudencia, es decir, ese cuerpo de verdaderas leyes que mas contribuye y contribuirá, si Dios no lo remedia á hacer casi inaccesible el arsenal del derecho patrio. ¿Quién no desfallece á la idea de tener que recorrer uno por uno los catorce tomos de sentencias del Tribunal Supremo que hasta hoy van publicados, cada vez que intente averiguar á ciencia cierta la última palabra legal sobre un punto cualquiera de derecho? El señor Pantoja ha tomado, pues, sobre sí el ahorrarnos tan impropio trabajo, logrando introducir tan ventajoso método en su obra—índice, que desde hoy podrá practicarse de una manera sencillísima lo que antes era materialmente impracticable. A favor de este método no solo se distinguen con oportunas abreviaturas los recursos de casacion, de los de los de nulidad, injusticia notoria y competencia, sino que hasta se indican los que vertieron sobre asuntos de Hacienda y Ultramar, viniendo á facilitar así los trabajos individuales, que á cada consultor convenga hacer. No será pues preciso que añadamos una sola palabra para recomendar á nuestros lectores la nueva obra que tanta utilidad práctica tiene para los que á los asuntos del foro se dedican; contentémonos con enviar á su autor el testimonio de nuestro agradecimiento y adhesion, suplicándole no ceje en tan meritoria empresa.

El *Repertorio* se ha ordenado en vista de la Coleccion publicada por la Empresa de la *Revista General de Legislacion y Jurisprudencia* única completa y comprensiva de todas las sentencias desde la creacion de los recursos de nulidad en 1838 hasta fin del año 1866.

La empresa es tanto mas meritoria cuanto la publicacion de los tomos que anualmente van aumentando la coleccion hará necesario un apéndice periódico al «*Repertorio*» sin cuyo trabajo constante, la obra perderia su importancia de aplicacion práctica á la vuelta de algunos años, por el gran número de puntos de jurisprudencia que quedarian fuera de ella, ha-

ciéndose de nuevo su estudio tan difícil como lo es al presente. Esta consideración que no se habrá escapado, probablemente, al autor, nos dá derecho á esperar ese trabajo sucesivo que vendrá á aumentar el mérito de la publicación y el agradecimiento debido al paciente ordenador por cuantos al foro se dedican.

Se publica la obra por entregas de *doce* pliegos dobles cada una, ó sean *veinticuatro* de marca española. Su precio es *nueve* reales cada una en Madrid y diez en provincias, franca de porte. La obra se calcula que constará de unas cinco entregas, y se admiten suscripciones en la *Administración de la REVISTA DE LEGISLACION*, calle de Peligros, números 6 y 8, cuarto segundo.—Madrid—donde puede hacerse el pago directamente, ó enviando letra ó libranza del giro mútuo á la órden del Administrador, ó sellos de correo en carta certificada.

C.

Segun nos escriben de Puerto-Rico corrió allá la triste noticia de que el cólera habia reaparecido en S. Thomas, produciendo como es natural un nuevo pánico entre los habitantes de aquella Antilla que tan expuestos se hallan por la proximidad de la isla dinamarquesa. Afortunadamente el rumor resultó completamente falso, habiendo escrito el cónsul español de esta última al Superior Gobierno de aquella que el estado sanitario era cada vez mas satisfactorio, no habiendo, por el presente, nada que temer. De todos modos semejantes alarmas, debidas á personas que llevan en ello algun bastardo interés, no dejan de influir de una manera fatal en los negocios ya harto paralizados por otras muchas causas conocidas y por desgracia difíciles de combatir.

Confirmase la noticia de que el tribunal de presas de Cádiz ha declarado nulo el comiso de la barca *Reina Victoria*, objeto de las reclamaciones del gobierno inglés, y así se ha comunicado á este. El Consejo de Estado se ocupará ahora de este asunto, por cuyo motivo pueden darse por terminadas las diferencias entre España é Inglaterra respecto á este particular.

Si á esto se añaden los partes telegráficos de Lóndres, anunciando el sesgo pacífico que va tomando la cuestión como no podia menos de ser, bien podemos ya asegurar que el comercio nada tiene que temer de la pequeña diferencia que habia surgido entre España y la Gran Bretaña. Segun nuestras últimas noticias de Ultramar, la nueva habia sido allí grandemente exajerada, tomando proporciones inmensas. Con gusto, pues, comunicamos á aquellos habitantes que por esta vez ningun funesto resultado producirá la escisión internacional.

En las oficinas del Banco de comercio se celebró el 23 del mes último en la Habana, la reunion de banqueros y comerciantes, para la cual habian invitado los señores D. José María Morales, Fésser y compañía, D. Miguel Antonio Herrera, y D. Francisco Fésser, cuyo objeto era tratar de la conveniencia de admitir el oro americano en las transacciones mercantiles.

Después de discutida la cuestión ámpliamente, la reunion se decidió por la afirmativa, á cuyo efecto se nombró una comisión encargada de recoger las firmas de los señores que se adhieran á lo acordado. El compromiso que por esto contraerán deberá durar un año, tiempo que se cree suficiente para la reimportación de la moneda española, en cantidad bastante para satisfacer las necesidades del comercio.

Leemos en un periódico de la corte:

Un hacendado rico é inteligente de la isla de Cuba, nos ha remitido por el último correo de la Habana algunas es-

plicaciones relativas al nuevo sistema tributario, que conviene hacer notorias:

«A tres partidas pueden reducirse las contribuciones fiscales que han venido pagando los referidos propietarios. El diezmo, ó sea el doble de lo que les importa la contribución municipal; el derecho de esportación del azúcar, á razón de seis reales caja, derecho que indudablemente recae sobre los productos como acaban de reconocerlo los Comisionados por Cuba y el gobierno, y por fin, la alcabala, cuyo importe en cada caso se desprende de datos fundados en la estadística y en cálculos prudenciales que es forzoso admitir, aun cuando con algunas reservas. En Cuba cambia de manos la propiedad raíz cada quince años. Pero es preciso considerar como escepcion la venta de los ingenios, admitiendo que sea cada 25 años. Si aplicamos estas ideas al ingenio M. del Sr. D. A. C., que hace 500 cajas y no baja de 400,000 pesos, aun sin contar sus negros, y que anualmente paga por contribución municipal pesos 753.50, tendremos que, por los tres derechos fiscales antes mencionados, paga en el día:

	Ps.	fs.
Por diezmos, el doble de pesos, 753,50, ó sean.	1,507	
Por derechos de esportación sobre 5,000 cajas á seis rs. una.	3,750	
Por alcabala sobre pesos 400,000 al 6 por 100, pesos 24,000 cada 25 años ó sea al año.	960	
Total que paga hoy.	6,217	
Cinco veces la contribución municipal, ó sea 10 por 100 que pagará por contribución territorial.	3,767	50
Beneficio para el Sr. A. C.	2,449	50

En uno de los números del colega madrileño *La Epoca* leimos las siguientes líneas:

«El establecimiento de comunicaciones rápidas y frecuentes con nuestras Antillas, ha sido siempre objeto de la mas especial solicitud por cuantos gobiernos se han sucedido en España desde hace muchos años; sus esfuerzos no han sido afortunadamente infructuosos, y después de varios ensayos y concesiones, hemos llegado á tener un servicio que puede rivalizar con los de las primeras naciones comerciales, desde que la acreditada empresa Lopez obtuvo la concesión que todavía disfruta para establecer los correos de Ultramar. Sus magníficos buques, mandados por espertos marinos, han hecho viajes admirables por su rapidez, aun teniendo que luchar con los mas rícos temporales; ni una sola avería de consideración han sufrido en su peligrosa navegación; los viajeros han encontrado siempre cuantas comodidades pudieran apetecer, y el comercio ha podido utilizar este medio de transporte para sus expediciones á Cuba y Puerto-Rico, pagando un flete no excesivo por sus mercancías.

Sabemos que la empresa antes citada se propone continuar el servicio por su cuenta después de espirar el término del actual contrato con el gobierno; desde principios de 1868 tendrémos, por lo tanto, comunicaciones semanales con nuestras provincias ultramarinas, é inútil es que nos detengamos en enumerar las ventajas que de ello reportará el comercio, pues estas son tan notorias que nadie puede desconocerlas.»

Bien puede asegurar nuestro colega que habrán de ser inmensas las ventajas de esa facilidad de comunicaciones y ojalá sean ciertos los propósitos que supone en la empresa Lopez, que conquistaría al realizarlos un nuevo título al aprecio público. Recordarémos para ese caso que Puerto-Rico se halla todavía privado de comunicarse con la Península en los viajes de regreso y que no hay motivo racional para semejante privación, sobre la cual tantas veces han reclamado sus habitantes.

Tenemos el disgusto de anunciar que nuestras noticias particulares están conformes con las siguientes noticias que tomamos de un periódico madrileño.

«Hemos recibido de la Habana varias cartas de personas importantísimas de aquel comercio, en las que se nos comunican noticias bastante graves sobre la situación en que se encuentra la plaza, por efecto de la prolongada crisis que la aflige.

En contra de lo que el corresponsal de *La Correspondencia* dice en la carta que ha publicado nuestro apreciable colega, se nos manifiesta que la crisis, no solamente no ha perdido nada de su intensidad, sino que, por el contrario, cada día se presenta con caracteres mas graves, por la escasez de numerario y por las dificultades que se presentan para descontar y realizar valores con que cubrir obligaciones sagradas. El subido interés que se paga por los préstamos, que llega hasta el 20 por 100 anual, ha sido causa de que no acuda dinero á los Bancos, sino que, por el contrario, se hayan retirado de estos los depósitos que existían de particulares, para buscar mas lucrativa colocación.

Los Bancos, pues, no descuentan sino muy pequeñas sumas; el comercio no puede llenar sus compromisos, no por falta de valores saneados, sino porque el numerario falta y es imposible cumplir á los vencimientos.

Todas las cartas están conformes en asegurar que si al comercio se le pagase lo que se le debe, la crisis desaparecería inmediatamente, porque esta no proviene de que aquel se encuentre en mal estado, sino de haberse retirado de la circulación una cantidad que pasa de 220 millones de reales. Se temen, pues, graves conflictos comerciales si no se acude en auxilio de aquella plaza, y nuestro deber es llamar la atención del gobierno de S. M. sobre ese asunto, que no solo es hoy de la mayor importancia, sino que, por referirse á una plaza que siempre ha estado propicia para ofrecer y dar sus recursos al Estado, merece que se le preste una especial protección, cuando, como en la ocasión presente, se ve agobiada de un mal que no se ha atraído con sus malos cálculos ó falsas operaciones, sino que le han impuesto circunstancias especialísimas.

Mucho sentiríamos que en tiempo del actual y digno ministro de Ultramar ocurriesen en Cuba los conflictos mercantiles que se nos anuncian; y lo sentiríamos tanto mas, cuanto que sobre haber demostrado en todo tiempo dicho señor ministro la mayor solicitud por nuestras provincias de Ultramar, se nos dice que hoy mismo hace grandes esfuerzos por ver si puede mandar auxilios al comercio de Cuba. ¡Ojalá que esos esfuerzos logren verse coronados de un resultado satisfactorio! ¡Ojalá que al Sr. Castro le quepa, en esta ocasión solemne para Cuba, la gloria de enmendar con prontas y eficaces medidas los errores cometidos por otra situación, y en los que la imprevisión y el mas infeliz cálculo resaltan de un modo por desgracia bien elocuente, como los hechos lo demuestran.

Mucho esperamos, pues, del reconocido celo y buen deseo del actual ministro de Ultramar: mucho confía tambien en él el comercio de Cuba; y si las esperanzas que en todos existen no se defraudan como otras muchas, esté seguro de que, no le escasearemos nuestros aplausos.»

Hemos recibido el n.º 54 de nuestro ilustrado colega madrileño *La Revista Hispano-Americana*. Segun se consigna al frente de dicho número, *La Revista* corre desde hoy á cargo de una nueva empresa y se constituye bajo nuevas bases, si bien continuando el desarrollo del mismo pensamiento que presidió á su fundación, es decir, velar constantemente por la suerte de los colonias americanas relacionada con la de la Metrópoli. Los directores son D. Julio Vizcarrondo de la parte americana y D. Alejandro Benisia de la española. Les felicitamos cordialmente por haber tomado á su cargo la continuación de tan importante publicación. *La Revista* sigue siendo puramente literaria.

Hé aquí el sumario:—Advertencia.—A nuestros suscrip-

res, por *La Direccion*.—Suelto de fondo.—El Marino, por Alejandro Benisia.—Los poetas de antaño; costumbres del siglo XVII, por Julio Monreal.—Arqueología prehistórica, por Francisco M. Tubino.—Cristian Rauch, por Augusto Couder.—D. Manuel Breton de los Herreros; sus obras y sus críticos, por Luis Carreras.—Revista de la quincena por Rafael M. de Labra.—Correspondencia de París, por José Moreno Leal.

LA PEREGRINACION

DE

CHILDE-HAROLD.

POR LORD BYRON.

(Continuacion.)

XXV. Sentarse en la cumbre de las rocas; soñar al pié de las olas ó al borde de los abismos; perderse á pasos lentos bajo la sombra de los bosques; buscar los seres á que no se estiende la dominación del hombre: los lugares en que rara vez ó nunca humano pié ha dejado huella; trepar inadvertidamente por el monte inaccesible con esos rebaños salvajes que no necesitan redil; inclinarse solo por encima de los precipicios y de las espumantes cataratas: esto no es todavía vivir en la soledad; esto no es mas que conversar con la naturaleza, convidarla á que despliegue ante nosotros todas sus magnificencias.

XXVI. Pero oír, ver, sentir y poseer entre la muchedumbre, el ruido y el contacto de los hombres, y sin embargo vagar errante aquí y allá ciudadano cansado del mundo, y no tener nadie á quien querer, nadie que nos quiera, estar rodeado únicamente de esos cortesanos de la fortuna que huyen al aspecto de la desgracia; y en medio de tantos seres que nos lisonjean, nos adulan, nos hostigan, no encontrar uno solo que sienta por nosotros un cariño íntimo, y que al faltar nosotros cese á lo menos de sonreír: ¡ah! esto es estar solo; hé aquí la verdadera soledad.

XXVII. Mas feliz es el piadoso ermitaño que el viajero encuentra en los desiertos de Athos, soñando á la tarde sobre las cumbres gigantescas de la montaña, desde donde contempla un mar tan azul y un cielo tan puro. El que á semejante hora viene á vagar por esos lugares sagrados, permanece largo tiempo pensativo y se arranca lentamente á su mágico espectáculo; despues suspira, duelese de que su suerte no sea la del anacoreta de la montaña, y se aleja, en fin, aborreciendo mas un mundo que habia casi olvidado.

XXVIII. Pasemos en silencio la larga ruta monótona y tan á menudo surcada, en la que no dejamos huella ninguna; no describamos ni la calma ni la brisa, ni los cambios de viento, ni el buque que bordea, ni los caprichos harto conocidos de los elementos; dejemos á un lado los gozes y las penas de los marinos confinados por las olas á su ciudadela alada, el tiempo bueno ó malo, favorable ó contrario, segun suben ó bajan la brisa y la marea; hasta esa mañana alegre en que se oye de repente el grito de «¡Tierra!» y todo es ventura.

XXIX. Mas no olvidemos hablar de tus islas ¡oh Calipso! agrupadas como hermanas en medio del Oceano; allí una rada sonríe todavía á los fatigados marineros, aunque la bella diosa haya dejado de llorar en ella á un infiel despues largo tiempo, y de esperar en vano en lo alto de sus rocas al que no pudo preferirla á una mortal. Aquí fué donde el hijo de Ulises bebió el agua amarga, precipitado en las olas por el severo Mentor: doble pérdida que deplorar para la reina de las ninfas.

XXX. Su reinado concluyó; su dulce poder no existe ya: sin embargo no te fies, jóven imprudente, ¡ten cuidado! una reina mortal ha escogido ahí el sitio de su funesto imperio: tiembla de hallar en él una nueva Calipso. Amable Flo-

rencia (1) si este corazon inconstante y vacío de afecciones, pudiese ofrecerse todavía, á tí seria; pero víctima de todas las cadenas que he forjado, no osaría yo ofrecer en su altar indigno incienso, ni solicitar que una alma tan pura sufra por mí.

XXXI. Así pensaba Harold mientras contemplaba los ojos brillantes de esa beldad; el rayo de su mirada no le inspiró mas pensamiento que una inocente admiración. El amor se mantuvo aparte sin alejarse mucho: porque sabia que el corazon de Harold habia sido á menudo conquistado y perdido, pero no hallaba ya en él su ardiente adorador. El dios niño renunció para siempre á inspirarle nuevos incendios, cuando le vió resistir á este último ataque y comprendió que para siempre habia perdido su antiguo imperio.

XXXII. Cual debió ser tu sorpresa, ¡oh bella Florencia! al ver que un hombre pronto á suspirar, segun se decia, por todos los objetos que encontraba, sostenia impasible el rayo de tus miradas en que todos los demás hombres leian ó aparentaban leer su esperanza, sus temores, su castigo, su ley, homenaje que la belleza exige de sus esclavos. ¿Cómo un adolescente que todavía parecia novicio podia dejar, de sentir, ó no fingir á lo menos, esos ardores tan á menudo descritos, que las mujeres pueden rechazar, pero que raramente excitan su enojo?

XXXIII. Ignoraba ella que ese corazon que le parecia de mármol, haciéndose del silencio una máscara, ó atrincherándose en su orgullo, no era inhábil en el arte de la seducción; que sabia tender de lejos sus redes voluptuosas y que si habia renunciado á culpables asechanzas, era solamente cuando nada encontrara digno de sus ataques. Pero Harold desdeña al presente semejantes triunfos y aun cuando aquellos bellos ojos hubiesen impresionado su alma no se hubiera juntado á la turba de sus adoradores.

XXXIV. Yo creo que conoce muy poco el corazon de una mujer el que se imagina que con suspiros se puede conquistar ese ser inconstante. ¿Qué le importan los corazones cuando está segura de poseerlos? Rendid á los bellos ojos de vuestro ídolo el homenaje que ellos reclaman: pero no seais demasiado humildes, ó ella os despreciará tanto como desprecia vuestra confesion, á pesar de las brillantes metáforas de que la hayais revestido. Disimulad, por el contrario, vuestra ternura, si sois discretos; una confianza atrevida con la mujer es todavía lo que dá mejores resultados: sabed excitar y calmar sucesivamente su despecho, y pronto coronará vuestros deseos.

XXXV. Harto antigua verdad, demostrada por el tiempo y deplorada sobre todo por los que de ella están mas convencidos: cuando se ha obtenido lo que todos deseamos obtener, el triunfo vale apenas lo que ha costado. La pérdida de la juventud, la degradación del alma, la ruina de la honra, hé aquí los frutos de la pasión satisfecha. Y si por un cruel beneficio, presto se marchitan nuestras esperanzas, se emponzoña la herida y no hay ya cura para el corazon, aunque este no sienta ya amor ni sueñe mas en agradar.

XXXVI. ¡Adelante! ¿por qué esas frívolas digresiones en medio de nuestros cantos? ¿No nos resta mas de una pintoresca playa que costear todavía? Guiados, no por la imaginación, sino por la meditabunda melancolía, vamos recorriendo bellas esferas por encima de todo lo que el pensamiento humano puede inventar en sus menguadas concepciones, mas allá de esas nuevas utopías que enseñan al hombre lo que podria, ó deberia ser, si esa criatura corrompida pudiese aprovechar jamás tal enseñanza.

XXXVII. La naturaleza es aun la mas tierna de las madres; aunque cambiando siempre, su aspecto no es por esto menos dulce. Pudiera yo apagar siempre mi sed en su desnudo pecho, infante que jamás ella ha rechazado, aunque no me haya prodigado sus caricias. ¡Oh! cuán bella es, so-

bre todo en su aspecto mas salvaje y cuando el arte no ha podido todavía desfigurar sus rasgos. De día y de noche siempre me ha sonreído y no obstante yo la he observado mas de cerca que nadie, yo la he escrutado cada vez mas íntimamente y en sus rigores es cuando mas la he querido.

XXXVIII. ¡Tierra de Albania! patria de ese Iskaeder (1) cuya historia encanta á la juventud é instruye al sabio, patria también de ese otro héroe del mismo nombre (2), cuyas hazañas caballerescas hicieron retroceder tantas veces á los musulmanes consternados: ¡tierra de Albania! deja que te contemple ¡ruda nodriza de feroces héroes! La cruz desaparece; élévanse los minaretes; y la pálida media luna brilla en la llanura en medio de los bosques de cipreses que circundan cada villa.

XXXIX. Harold voga siempre; ha pasado ya la estéril isla en que la triste Penelope no cesaba de contemplar las olas; descubrió de lejos la roca todavía célebre, último recurso de los amantes y tumba de la hija de Lesbos. ¡Morena Safo! ¿tus inmortales versos no han podido pues salvar tu ardiente corazon de una llama eterna? no ha podido, pues, vivir, la que dispensaba una vida inmortal; si todavía la inmortalidad está reservada á los cantos de la lira, único Eden que conocen los hijos de la tierra.

XL. Fué en una bella noche de otoño de Grecia cuando Childe-Harold saludó de lejos la punta de Leucade que él ardía en deseos de ver y que abandonó con disgusto. A menudo habia recorrido los teatros de las antiguas batallas, Accio, Lepanto y el fatal Trafalgar; y los vió sin emoción; porque, nacido probablemente bajo la influencia de un astro poco heroico, no se gozaba en la relación de sangrientos tumultos ó de nobles combates; despreciaba el oficio de matador mercenario y se reía de las fanfarronadas guerreras.

XLI. Mas cuando vió la estrella de la noche brillar sobre el triste promontorio de Léucade, cuando saludó ese último refugio de una pasión sin esperanza, sintió, ó creyó sentir un estremecimiento desconocido; y como el magestuoso navío se deslizase lentamente bajo la sombra del antiguo monte, se puso á contemplar el movimiento melancólico de las aguas, y aunque sumergido en su meditación habitual, su mirada parecia mas tranquila, su frente pálida estaba mas tersa.

XLII. El Oriente se ilumina: véñese surgir las colinas de la ruda Albania y las sombrías rocas de Souli. La cumbre del Pindo élévase á lo lejos, medio oculta por una capa de niebla, surcada de riachuelos blancos como la nieve y coronada de anchas bandas de una púrpura oscura. A medida que la niebla se disipa, se aperciben en las pendientes las moradas de los habitantes de las montañas; allí verifica el lobo sus correrías, allí aguza su pico el águila, allí viven las aves de rapiña, las bestias salvajes y los hombres mas salvajes aun: allí se forman esas tempestades que agitan la última estación del año.

XLIII. En esa ribera, Harold sintióse, por fin, solo, y dió el adiós por largo tiempo á las lenguas de los cristianos: veíase ya en un país desconocido que todos admiran y que muchos temen visitar; su corazon estaba armado contra el destino; tenia pocas necesidades; no buscaba los peligros, pero no se hallaba dispuesto á huir de ellos. ¡Un espectáculo salvaje, pero siempre nuevo! ¿Qué mas podia desear ya para endulzar las incesantes fatigas del viaje, para hacerle olvidar el soplo glacial del invierno y los abrasantes calores del verano?

(Continuará.)

(1) Alejandro Magno.

(2) Scauderbeg.

(1) Véanse en las poesías diversas los dos trabajos dirigidos á esa dama «A Florencia» y «La Tormenta.»